DEL FRENTE DE ASTURIAS

ESTAMPAS de la GUERRA

POR

FRANCISCO DE ARMAS

Capitán Médico - exdirector del Hospital Militar de Grado

1937

II AÑO TRIUNFAL

Al Caudillo, el Generalísimo Excelentísimo Sr. D. Francisco Franco Bahamonde, con fervorosa admiración de español y profundo respeto de subordinado.

El Autor.

Este libro fué, en su mayor parte, escrito en el Hospital Militar de Grado, en las horas libres de un trabajo intensivo, durante los meses de Mayo á Agosto de 1937. II AÑO TRIUNFAL.

Sin pensar hacer un libro confeccionábamos unas crónicas de la guerra en los mismos días que vivíamos lo que en las cuartillas íbamos relatando; y al ver que el número de estas crónicas aumentaba y que el material para producirlas era amplio y podría ser interesante, determinamos coleccionarlas en un vo úmen sin pretensiones.

En él no saboreará pues el lector, ni grandes hechos de armas, ni exposición de operaciones con detalles técnicos, ni ponderación de personajes de significada intervención en la campaña. Quede ésto para los que, autorizados por sus conocimientos profesionales, hagan la consiguiente escrupulosa investigación para "clavar en la Historia" la estrella más clara y luminosa de la radiante constelación hispánica. Nosotros describimos la guerra, santa y admirable guerra de reconquista que comenzó en 1936, en tono menor, en conversación familiar cálida y amorosa. Pasaba la guerra a través de nuestra alma y, entre sus mallas, iba dejando día por día la impresión sentimental, el hecho romántico, el acto patriótico, la abnegación, el recuerdo. Por eso consignamos lo cuotidiano,

el pequeño detalle, la sensación del momento; cosas que son casi toda la guerra; por que en esta, como en la vida de la cual es, aunque parezca paradójico, una auténtica manifestación, los grandes acontecimientos, los hechos voluminosos, son lo excepcional y extraordinario.

"Estampas de la Guerra" es pues un libro en relación perfecta con su título. Contiene eso, estampas, pinceladas modestas como esos cromos que de niño coleccionábamos con tanto interés y cariño. La toma de una posición, la monjita que cuida al herido, el cañoneo en la noche oscura, la lluvia sobre las trincheras, el herido ciego que clama por su madre, la fecha recordada en lugar lejano, la entereza del soldado, la celebración de una victoria, es lo que se describe en este volumen.

Algo, sin embargo, habrá en el, sin duda lo menos interesante y lo que lo hará también menos grato, de lo cual no me ha sido posible prescindir; y es la personalidad que yo haya podido imprimirle. Como es mi espíritu el que capta los hechos y los refleja luego proyectándolos sobre los demás y en esta proyección influye siempre la calidad del material utilizado, cierto vibrar mío irá en este libro. El lector que no esté conforme con alguno de mis comentarios suprímalo y ponga en su lugar aquel que el hecho le sugiera.

Si he logrado dar vibración a estas narraciones, esperimentaré el contento de hacer sentir a los demás lo que yo he sentido viviendo la guerra. Si este libro no despertara interés en nadie, me bastaría, para mí satisfacción, el saber que lo he hecho después de haber vivido, por mi Patria, lo que en el, con más o menos acierto, se relata.

"Tengo que ir a Asturias"

Un día se había formado en el Hospital Militar de Las Palmas, el Tribunal reglamentario para el reconocimiento de inútiles. Yo actuaba de Secretario y cuando ponía en órden los papeles que nos habían de servir de guía para el exámen de los enfermos, el Comandante Jefe, D. Manuel González Jaraba, persona la más grata, recta y buena que puede tratarse, se me acercó un tanto preocupado y me dijo: "Tengo que darle una noticia; en el último Boletín Oficial llegado hoy, viene su destino al Hospital Militar de Grado". Confieso que me inquietó aquella nueva; se me destinaba al otro extremo de España, al frente de Asturias y este, en comentario general, era algo así como el propio infierno o la ratonera sin salida.

Pensé más que en nada, en mi mujer y en mis hijos. ¿Como se lo diría a élla? ¿Como recibiría la noticia? En esta situación de ánimo, terminado el Tribunal, me fui a mi casa y, sin decir una palabra, me puse a comer aparentando tranquilidad y sosiego.

A las pocas horas la noticia de mi traslado se sabía en toda la población; y al cabo de algunos días, durante los cuales yo fui exponiendo a los míos la posibilidad de tener que salir de Canarias, una persona amiga le habló a mi mujer de mi viaje creyéndola enterada y la puso al corriente de

todo. Mejor fué así; nunca se lo agradeceré bastante.

Una vez pasado ese trago, para mi el más duro, esperé tranquilamente la llegada de mi pasaporte. Vino este y el barco y la hora de la despedida. ¡Amargo trance el de decir adios a los seres queridos! Puedo decir con orgullo que el patriotismo me rebosaba; pero también tengo que consignar con sinceridad, que el dolor de la separación me traspasaba el alma. Y recordaré siempre que al despedirme de mi hijo mayor, que cuenta solo ocho años, cuando su madre viéndolo angustiado le dijo "papaito viene pronto", él exclamó con toda la amargura y el dolor de un hombre consciente: "¡Y si lo matan!".

¡Palabras que han sido más de una vez mi tormento en el frente!. No sé si ahora, al recordar lo mucho que por mi sufrió aquel inocente, le quiero más, si ello es posible. Si digo que su frase se me gravó en el corazón con huella indeleble.

(Y ahora, le explico: ¡Hijo mío, lo que tu padeciste fué por España; alégrate, tú tan chiquitito contribuías ya con tu dolor a su grandeza; a la grandeza nacional que has de disfrutar más que por los dónes que de élla para tí se deriven, por la satisfacción que te proporcione la propia convicción de sentir grande a la Patria sabiendo que tu, sin darte cuenta, has tenido participación en esta labor noble y altruista!)

...Y después de abrazar a mi mujer y a mis hijos, salí para el Puerto.

El viaje

Lunes diez de Mayo; son las doce de la noche. El "Plus Ultra" despega del muelle de Las Palmas; lleva una expedición militar compuesta de mil trescientos hombres y vá con dirección al puerto de Vigo; viajo en él con destino a Grado a cuyo Hospital Militar he sido asignado. Navegamos a regular marcha con un tiempo expléndido. Poco después de la salida del puerto se apagan las luces del barco y caminamos a oscuras aunque con un horizonte sumamente visible. Sobre las dos de la madrugada divisamos un punto luminoso frente a nuestra proa; el Capitán cambia rápidamente de rumbo y, aunque la "escuadra roja" no dá señales de vida, consideramos acertada esta precaución. El propio Capitán, hombre amabilísimo con quien hacemos gran amistad y que nos distingue con su confianza, nos dice: "Desviémonos de la ruta normal y hagamos rumbo hacia la Isla de Madera; perderemos unas horas pero es lo prudente".

Continuamos el viaje sin incidentes viendo algún que otro barco que lleva rumbo opuesto al nuestro; el número de estos aumenta en las últimas horas de navegación cuando seguimos la ruta normal frente a la costa portuguesa; y a los tres días y medio de viaje, el viernes 14 a las 12 y media, enfilamos la ria de Vigo.

¡La Ria de Vigo!. Maravilloso e impresionante panorama, el más bello con que la naturaleza puede deleitarnos. A nuestra derecha los pueblecitos ribereños, blancos como saltos de espuma petrificados; a la izquierda las Islas Cies semejando monstruos marinos que salieran a nuestro encuentro; una exuberante vejetación de pinos pone adecuado fondo a esta decoración admirable y, entre las dos murallas descritas, se desliza mansamente el mar que lame las orillas con caricia de afrodisiaco ensueño.

Fondeamos en el puerto junto a uno de sus muelles y saltamos a tierra con la ansiedad de quien se encuentra entumecido por la falta de ejercicio en la estrechez de un recinto obligado.

Vigo es una población con categoría de ciudad distinguida. Sus alrededores son interesantes. Pueblo cimentado en un terreno inclinado, desde su parte más alta se divisa siempre la ria majestuosa. ¡Magnífico anfiteatro donde la contemplación del mar es una rara asociación de obligación y de deleite!.

Permanecemos aquí dos días; al siguiente de nuestra llegada los soldados canarios desfilan por las calles de la población; el entusiasmo es delirante. ¡Vivan los canarios valientes!. ¡Vivan los soldados canarios! Veo a Víctor Mendiola que se limpia las lágrimas; yo hago algunos esfuerzos para contenerlas.

Aquella misma tarde cojemos el tren que ha de conducir a nuestros soldados a Valladolid para desde allí dirijirse a Sigüenza; y a Mendiola y a mí, a Astorga de donde seguiremos viaje a Salamanca.

Durante el viaje en tren, pesado e incómodo, charlamos y hacemos comentarios en relación con

las estaciones que vamos encontrando; en todas nos aplauden y nos dan vivas; pañuelos y manos en alto se empeñan en hacernos llegar su emocional saludo.

Todo este paisaje gallego que vamos recorriendo es extraordinariamente grato; de tal profusión de verdura que parece como si la tierra se esforzara en demostrar la fecundidad de su bendita entraña. El río Miño serpentea por la arboleda y ora corre impetuoso entre montañas, ora se desliza suave por las márgenes planas de su cauce, ora se pierde en un recodo del camino y vuelve a aparecer como cinta de plata que juega con el tren al escondite.

Nos detenemos en Orense donde la tropa toma su comida; luego en Monforte de Lemus para comer los oficiales; más tarde, noche larga en el tren hasta las cuatro de la madrugada hora en que llegamos a Astorga. Aquí, despedida triste de nuestros compañeros. Lo hacemos con dolor y con cariño; vamos a distintos puntos a defender la misma causa. ¡Suerte, mucha suerte! ¡Viva España!

Esperamos en la Estación de Astorga a que se forme el tren que sale para Salamanca; dos horas a pié firme y con un frío más que regular; todo en la Estación está cerrado. Por fin el tren queda dispuesto y salimos para la vieja ciudad sede estudiantil en los tiempos de la España grande. Atrás dejamos a Zamora con los restos históricos de sus murallones de plaza fuerte; y, a poco, llegamos a la noble capital residencia hoy del Caudillo español.

Salamanca fué una ciudad tranquila, casi lo que se suele llamar aburrida, en expresión de quienes solo gozan con el placer material; hoy su po-

blación se ha triplicado y como residencia de Organismos Oficiales está alegre y bulliciosa; hay mucha gente en las calles y un profuso circular de coches que entran y salen por motivos de la guerra.

¡Admirable ciudad Salamanca para quien disfrute con la contemplación espiritual y sienta el recuerdo latente de grandezas pasadas! Alguien ha dicho que esta población tiene color de león y así es en efecto; un tinte amarillo de oro viejo dá a la ciudad su pátina característica, reveladora de su augusta longevidad. Genuinamente española e histórica conserva entre sus sillares carcomidos el alma profundamente suave y serenamente erguida de fray Luis de León. "Como decíamos ayer..." Y Salamanca es eso, continuidad, ayer; pero ayer bello, ayer noble, ayer señorial, sabio y romántico; la condensación de la Raza hecha piedra para que no pudiera ser falsificada.

Recorremos rápidamente sus lugares más celebrados; la Catedral ante cuyos pórticos permanecemos como en éstasis contemplando sus formidables relieves; la Gleresia, la Casa de las Conchas, el Palacio de Monterrey, la Iglesia de San Esteban y la Plaza Mayor. ¡La Plaza Mayor! Esta no admite ningún comentario; es menester verla para poder comprender todo su carácter y saborear toda su belleza; la hemos admirado en noche de luna, apagadas las luces de la población, y algo fantástico y estraordinariamente evocador nos ha convertido en carne viva una época que solo conocíamos a través de la Historia.

¡Salamanca, magnífica ciudad de serenas recordaciones; he de abandonarte para cumplir un deber apremiante y sagrado; tu sello carácterístico, de vieja Capital española me ha entusiasma-
tico de vieja Capital española me ha entusiasma-

do y te prometo, Dios mediante, visitarte de nuevo!

Cumplida la misión que a esta ciudad me trajo, que era realizar el honroso encargo de entregar al Generalísimo el nombramiento de Presidente de Honor del "Gabinete Literario" de Las Palmas, Sociedad que me distingue con su Presidencia efectiva y que quiso aprovechar mi viaje a la Península para que fuese yo el portador de su feliz acuerdo, vuelvo a desandar parte del camino que había recorrido. Otra vez a Astorga, después a Lugo y de Lugo a Grado, fin de mi viaje y lugar, por ahora, de mi estancia hasta que Dios o España dispongan otra cosa.

Camino de Grado

Salimos de Las Palmas con la impresión de venir a prestar servicio en un Hospital casi de retaguardia; cerca del frente si, pero a regular distancia de las posiciones enemigas. Sabíamos que Grado era el punto de enlace de la zona liberada de Asturias con Galicia; más, por las noticias que en la prensa leíamos y por nuestras dificientes observaciones sobre el mapa pensábamos, y con nosotros muchas personas con quienes lo habíamos comentado, que esta faja de terreno era bastante ancha y que Grado equidistaba del escenario auténtico de la guerra diez o doce kilómetros.

Así confiados, nos acomodamos en el autocar que había de conducirnos a aquel pueblo.

—¿Que tal se está en Grado? Le pregunto al chófer.

—En Grado bien; me contesta rápidamente. Se sienten tiros, de cuando en cuando hay cañoneo, pero se está bien. ¡Comparado con Oviedo!

¡Ola!—me digo silenciosamente. Con que se sienten tiros y hay cañoneo, pues nos vamos acercando al frente y también a la verdad. Confieso que la inquietud empezó a manifestárseme de manera evidente.

¡Cómo se vive despistado en la retaguardia! ¡Se ignoran las distancias materiales y se ignora,

aún más todavía, la cruda realidad del campo de batalla!

En este último tramo de nuestra ruta, mientras corremos por la carretera observando el expléndido panorama asturiano, su floración y los innumerables animalillos que nos siguen bordeando el camino, medito:

¡Como se esfuerza la naturaleza en embellecerse! ¡Como se empeña en armonizarlo todo! ¡Como se vé en la vida inferior paz y sosiego! ¡Como nos brinda esa vida ejemplo de fecundidad, de construcción y de auténtica liberalidad!

Y, absorto en estas reflexiones,llegamos a Grado.

Era una tarde primaveral, magnífica. ¡Quietud en el ambiente, inquietud en mi espíritu! Se detuvo el auto; nos apeamos e hicimos que nos bajaran el equipaje. Preguntamos por una fonda y alguien nos señaló una casa en la cual se leía sobre la puerta: "LA CLOYA". Me quedo cuidando las maletas y Mendiola se encamina en pos de alojamiento. A poco vuelve y me dice:"No hay hueco". Me decido a presentarme al Jefe de Sanidad para ver de resolver este "pequeño conflicto" y, ahora, es Mendiola quien se queda de guardian de nuestra impedimenta.

El Comandante Jefe de Sanidad me recibe amablemente y después de presentarme a los demás compañeros y de cambiar rápidamente algunas impresiones sobre mi destino y mi viaje, comenta: "Le han recibido a V. los "rojos" con toda solemnidad; hasta este momento nos han estado cañoneando con piezas del quince y medio, han destruido varias casas y nos han causado algunas bajas, entre ellas un alférez médico". Me quedo "de una pieza" aunque disimulando la impresión de la manera más idiota; sonriéndome.

Recuerdo que el pobre Mendiola está en la calle sin protección alguna y salgo en su busca. Vueltos a la Jefatura nos dicen que hemos de vivir en el Hospital y hacia él nos encaminamos tras un sanitario que nos sirve de guía.

En el trayecto oimos algunos tiros de fusil y de ametralladora; por lo visto el cañón ha enmudecido... ¡Pero yo lo siento retumbar en mi alma!

Grado

Este pueblo tiene hoy cambiada su fisonomía habitual por un ambiente militar que lo absorve todo. Grado ha debido contar con seis u ocho mil habitantes entre el casco y sus pagos. Es sencillamente un valle; dos altas cordilleras le sirven de férulas, juntándose casi totalmente, hacia el Naciente en las llamadas montañas de Peñaflor que el río Nalón atraviesa. Sobre la parte más estrecha del cauce de este río cruza un puente que pone a Grado en comunicación con Oviedo.

El pueblo es grande y está bien trazado; la mayoría de sus casas se han construído con gusto y existen muchos chalets propiedad de hijos de Grado que después de hacer fortuna en América han retornado al terruño a disfrutar el producto del trabajo de muchos años. Estos chalets están ahora convertidos en Centros militares; la Comandancia, la Residencia del General, la del Estado Mayor, el Puesto de Socorro, las Oficinas de Intendencia etc., etc. Muchas casas están destruídas totalmente, otras sin techo, muchas sin cristales y todas salpicadas de metralla.

Aquí, al entrar nuestras tropas—nos han dicho—no quedó nadie; "hasta los ricos eran rojos".

Las cercanías de Grado son de una gran belleza; junto a las casas comienzan los pinares que siguen colinas arriba hasta coronar sus creste-

rias y, en el llano, los huertos de manzanos, pomaradas dicen los naturales, dan una impresión acabada de feracidad y riqueza.

El agua se vé correr por todas partes; arroyos de caudal voluminoso, pequeños ríos, fuentes naturales, manantiales modestos, en fin, la circulación amplia de la tierra pletórica de material vivificante.

Casi en las mismas cimas de las cordilleras que circundan Grado se observan, a simple vista, unas líneas pardas de tierra socavada que cruzan los montes en todas direcciones; son las trincheras. Surcos nacionales y surcos marxistas se confunden hasta el punto de estar unos dominados por otros; hay trincheras nuestras sobre las enemigas en algunos sectores al paso que en otros las "rojas" disfrutan una posición de superior estrategia.

Estas líneas de guerra se hallan enclavadas, a una distancia de quinientos a mil metros del centro de la población que está, por tanto, a fácil logro del proyectil enemigo.

No falta, sin embargo, animación en Grado; la población militar es siempre divertida y aquí, todas las tardes, escuchamos música ya que la Banda, después de tocar algún pasodoble en la Residencia del General, lanza al espacio los sones de una "retreta floreada" y termina ejecutando los himnos patrióticos que la gente corea y aplaude entusiasmada.

Y es que en la guerra, más aún que en la vida normal, mientras unos mueren otros ríen y se distraen procurando no pensar en lo que pudiera suceder mañana.

El Hospital

En un extremo del pueblo, sobre una elevada planicie, se halla enclavado el Hospital Militar. Fué construído este edificio para Grupo Escolar y en verdad que reune, para tal fin, espléndidas condiciones. Es de dos plantas y lo constituyen, en ambas, un cuerpo central bastante largo con salones espaciosos afectos de amplios ventanales y una galería posterior cerrada, iluminada y ventilada por idénticos amplios huecos. De los extremos de este cuerpo central parten, perpendicularmente, otros dos más pequeños que se dirijen hacia el Norte y siguiendo la misma sobria arquitectura completan la construcción del edificio.

Repetimos que para Grupo Escolar consideramos magnífica la construcción descrita; ahora, en lo tocante a sus condiciones para Hospital avanzado de un frente donde el cañoneo es constante, teniendo como tiene una situación tan destacada, insuperable punto de referencia, y con multitud de ventanales amplios por los que sería sumamente difícil no encajar una granada aún proponiendose tan solo tocar las paredes, no podemos decir lo mismo. Pero en la guerra hay que aprovechar lo que se encuentre y esto es lo mejor que ha podido requisarse.

El Hospital tiene varios impactos de cañón que,

afortunadamente, han sido resistidos sin destrucción y sin bajas.

Más, si este edificio no posee condiciones guerreras las tiene inmejorables por lo que a la higiene se refiere. Pisos de mosáico, zócalos de azulejos, luz y ventilación a toda holgura y aislamiento pues está rodeado de prados y pinares.

De la labor que en este Establecimiento se realiza dará idea la siguiente estadística referida solo a unos cuantos días, escojidos al azar, ya que el promedio de entradas es casi constante con escepción de los momentos de grandes operaciones. Los datos consignados son exclusivamente de heridos; el número de enfermos, diariamente ingresados es, en general, mayor que el de aquellos.

DIA 24 DE MAYO

Serafín Pérez Rey.—Regimiento de Infantería número 30.—Herida de arma de fuego en la región anterior del cuello.—Pronóstico, menos grave. Mateo Carrasco Candeliza.—Regimiento de Infantería número 30.—Herida contusa en cuero cabelludo.—Pronóstico, leve. Alberto Caida Rivero.—Regimiento de Infantería número 32.—Luxación del hombro izquierdo y pneumotorax.—Pronóstico, menos grave. Moisés Fernández Polanco.—Sanidad Militar.—Fractura de la clavícula izquierda.—Pronóstico, menos grave. Manuel Pedreira Barreiro.—Regimiento de Infantería núro 35.—Herida de metralla en brazo izquierdo.—Pronóstico, leve. José Payons Noya.—Regimiento de Artillería Ligera número 16.—Herida en región occipital.—Pronóstico, leve. Ramón Touzón Galán.—Regimiento de Infantería número 35.—Herida por arma de fuego penetrante en pecho.—Pronóstico, grave. Luz Fernández Blan-

co.—Herida penetrante en pecho.—Pronóstico, grave. Alejandro Fresco Portas.—Regimiento de Artillería Ligera número 15.—Herida de metralla con fractura en el codo izquierdo y diversas heridas en la cara.—Pronóstico, grave. Antonio Castro Castro.—Regimiento de Infantería número 35. —Heridas en la cabeza y brazo izquierdo.—Pronóstico, leve. Pablo Paredes Arnaiz.—Regimiento de Infantería número 22.—Herida por arma de fuego en el hipocondrio derecho.—Pronóstico, grave. Manuel Lataburse Dayonosa. — Regimiento de Infantería número 22.—Herida de arma de fuego en el tercio inferior del brazo izquierdo.—Pronóstico, grave. Remigio Rodríguez.—Artillería de Costa.—Herida por arma de fuego en el brazo izquierdo.—Pronóstico, menos grave. Genaro González González.—Regimiento de Infantería número 29.—Herida en la mano izquierda.—Pronóstico, leve. Abelardo Taboada Suárez.—Contusión en el pecho. Pronóstico, menos grave.

DIA 1.º DE JUNIO

Tomás Lozano Juan.—Regimiento de Infantería número 26.—Herida por arma de fuego en el hombro derecho.—Pronóstico, grave. José Muiños Chao.—Herida por explosión del fusil en mano izquierda.—Pronóstico, grave. Josefa Fernández Arias.—Herida por arma de fuego penetrante en el vientre.—Pronóstico, grave. Moros número 21.239, 16.843, 17.415, 18.836, 16.789, 18.218, 16.787, 21.081, y 16.712.—Heridos todos graves por arma de fuego y metralla en combate. Martín Barrundra Sergare.—Regimiento de Infantería número 24.—Herida por arma de fuego en el tercio medio del muslo izquierdo.—Pronóstico menos grave.

DIA 14 DE JULIO

Angel Prieto Rodríguez.—Pasado del campo enemigo.— Herida por arma de fuego en la región subclavicular izquierda.—Pronóstico, grave. Alejandro Tejedor Tejedor.—Regimiento de Infantería número 26.—Herida de metralla en el costado izquierdo,, en el antebrazo izquierdo y fractura abierta en la pierna izquierda.—Pronóstico, gravísimo. José Arias Ordoñez.—Regimiento de Infantería número 8.—Herida de arma de fuego en la región infraumbilical.—Pronóstico, grave. Joaquín García Domínguez.—Artillería de Costa número 2.—Herida por arma de fuego en el costado derecho.—Pronóstico grave. Emilio Díaz Rodríguez.—Artillería de Montaña.—Herida por arma de fuego en el ala de la nariz.—Pronóstico leve. Benito Carballo Moraña.—Regimiento de Infantería número 38.—Herida de metralla en la cara anterior de la pierna derecha.—Pronóstico, menos grave. Juan González Santos.—Regimiento de Infantería número 35.—Herida por arma de fuego en la región deltoidea derecha.—Pronóstico, menos grave. José Díaz García.—Regimiento de Infantría número 30.—Herida por arma de fuego en el muslo derecho.—Pronóstico menos grave. Manuel Alvarez Rodríguez.—Artillería de Costa 2.—Herida por arma de fuego en el muslo izquierdo.—Pronóstico leve.

DIA 5 DE AGOSTO

Moro 6.509.—Regulares.—Herida por arma de fuego en el vientre.—Pronóstico, grave. Manuel López Fernández.—Regimiento de Infantería número 30.—Herida contusa en los dedos 1.º, 2.º y 3.º del pié izquierdo.—Pronóstico, leve. Gerva-

sia Fernández López.—Fractura, en tallo verde, del radio derecho.—Pronóstico, leve. Manuel Blanco Mariño.—Regimiento de Infantería número 29.—Intensa contusión ocular.—Pronóstico, leve. Agustín Almeida Silva.—Regimiento de Infantería número 5.—Varias heridas contusas.—Pronóstico, leve. Moro número 18.111.—Regulares.—Fractura de la clavícula.—Pronóstico, leve. Antonio Gil Peraza.—Regimiento de Infantería número 22.—Herida contusa en la región occipital y desgarro en la mano derecho.—Pronóstico, menos grave. Carlos Rey Millán.—Regimiento de Infantería número 29.—Herida contusa en la región occipital.—Pronóstico, menos grave. José Garea Penas.—Regimiento de Infantería número 29.—Herida en el muslo derecho. — Pronóstico, leve.

Vuelve el cañoneo

Día siguiente de mi llegada a Grado. Mañana opaca y lluviosa. No se escuchan ruidos de guerra en las primeras horas. Tengo que hacer mi presentación oficial y, ya entrado el día, me encamino a la residencia del General acompañado de un ordenanza que me indica el camino. No bien salgo a la calle comienza el cañoneo que vá aumentando de modo regular y contínuo. El estampido del artefacto mortífero me hace encojer a cada minuto y el silbido del proyectil me obliga a tirarme al suelo de trecho en trecho. Así, de este modo tan trágico y cómico a la vez, llego a la Residencia y cuando traspaso el umbral de la puerta una granada del quince y medio explota diez metros a mi espalda. ¡Creo llegada mi última hora! Firmo en el libro de presentaciones con un garabato ininteligible y me quedo en este Centro aguardando un momento de tranquilidad que me parece no vá a llegar nunca. Al fin amaina algo la "tormenta" y salgo "galopando" para el Hospital. Ya dentro de este Establecimiento vuelve el cañón a retumbar violentamente y como la cosa se ha puesto seria optamos por el prudencial recurso de meternos en el "refugio".

¿Qué es un refugio? Se llama así, en el lenguaje de la guerra, el aprovechamiento de un sitio

natural o de un accidente del terreno que se acondiciona para resistir el bombardeo.

En el construído en mi Hospital se ha aprovechado una de las paredes del edificio que dá a un prado de superior nivel cuyo terreno se escavó formándose un callejón que se ha techado con vigas de pino, hierros, cajones de arena y sacos terreros.

Salimos del refugio cuando empiezan a llegar heridos. Nos enteramos de que una de las granadas explotó en las Oficinas de Intendencia matando a cuatro soldados é hiriendo a otros y a un Oficial.

Preparamos el Quirófano para realizar una amputación.

El cañoneo ha ido retardándose poco a poco y a medida que continuamos ejecutando nuestra humanitaria labor se nos vá impregnando de tranquilidad el espíritu un tanto sorprendido.

La respiración quejumbrosa de Mendiola

Con motivo del intenso cañoneo con piezas de grueso calibre, nos hemos visto en la necesidad de meternos en el refugio. Entramos todos, casi todos, heridos, enfermos y personal de servicio; algunos muchachos se han quedado fuera, les molesta la estancia en esta buhardilla humeda y oscura; ello no significa valentía ya que contra el cañón no hay defensa personal posible; más bien constituye una temeridad inexplicable. Como dentro del refugio la luz es muy escasa no sé quien es el individuo que me ha tocado al lado; pero debe ser un enfermo a juzgar por la respiración quejumbrosa, intensamente quejumbrosa, que se le oye; casi es un ¡ay! lastimero cada expiración. Enciendo una cerilla y me encuentro con la sorpresa de que junto a mi se halla Mendiola.

Mendiola es un médico, llegó conmigo y conmigo ha hecho viaje desde Las Palmas. Mendiola es un gran muchacho que, debido a su inexperiencia, tuvo en el pueblo en que ejercía disgustos muy serios; fué víctima de la confusión reinante y de los malos sentimientos de algún que otro favorecido con su trabajo. Un día se me presentó pidiéndome, de modo suplicante, que le trajese con-

migo a prestar sus servicios a la Patria; comprendí toda la intensidad de su problema y le acogí bajo la escasa protección que podía prestarle; conseguí que se le expidiera un permiso de viaje hasta Salamanca y allí un salvoconducto para acompañarme y trabajar conmigo. Mendiola fué desde entonces mi secretario en persona y en afecto; su conducta ulterior no ha defraudado mi expontánea bondad para con su persona.

Mi secretario llegó a Grado, pensando como yó, que estábamos a diez kilómetros del frente y cuando se vió entre las trincheras "rojas" y tan cariñosamente saludado por las salvas de los cañones enemigos, no pudo, en cierto modo, reprimir su angustia y los dos o tres primeros días fueron para él poco menos que insoportables. Estaba demudado, y las palabras apenas le salían a flor de labios. Yo, seguramente tan impresionado como él, procuraba, y lo conseguía, disimular el fatal presentimiento de nuestra desaparición.

Mendiola después ha sido valiente como todos; más que algunos; ha curado a los heridos en pleno cañoneo, ha hecho sus guardias con el mayor cuidado, ha salido a la calle desafiando a la "furia roja" y hasta se ha buscado su "entretenimiento" para las horas libres. El, que quiere intensamente a su mujer, de la cual me habla constantemente con admiración manifiesta y que adora a sus hijos como al tesoro de su vida, necesita polarizar su fogocidad temperamental en algo que le aparte del pensamiento la dolorosa ausencia; y se ha encontrado a una muchachita a quien "habla de amores" con la seriedad de un novato súbdito de Cupido sin otra trascendencia, me consta por que conozco sus sentimientos y su honradez,

que la de decirse mútuamente palabras dulces y lanzarse miradas encendidas.

Y preguntaréis con extrañeza: ¿Pero es eso posible en un hombre que ya pasó la época del romanticismo amoroso? Pues es posible; ello no es más que una consecuencia de la guerra. Leed, más adelante, el relato titulado "caza de grillos" y os convencereis de esto que dejo aquí sentado: la guerra nos infantiliza.

Mendiola, repito, se ha portado como un valiente; pero nunca me olvidaré de aquella respiración quejumbrosa, intensamente quejumbrosa, que le escuché un día en el "refugio" y en la que cada expiración parecía un ¡ay! lastimero.

Recuerdo trágico y glorioso

21 DE FEBRERO

No estábamos aún en Grado en los días últimos de Febrero cuando el feroz ataque de los "rojos" al pueblo. Pero el recuerdo de aquella tragedia ha quedado gravado en los protagonistas con trazo perpétuo. Se habla del ataque, sobre todo de la acción del día veintiuno, como de algo horroroso y sin precedentes.

Los rojos, castigados con la toma de todos los pueblos asturianos que poseemos, realizada por hombres salidos de Galicia a marcha forzada y supliendo la escasez de elementos con un espíritu asombrosamente heróico que consiguió, pese a todas las imposibilidades pregonadas por el enemigo, libertar a Oviedo, habían preparado la ofensiva con intención de volver a apoderarse de este territorio. Y después de gran acopio de material que no pasó inadvertido por nuestros mandos, iniciaron algunas escaramuzas en los días diecinueve y veinte. Pero al atardecer del veintiuno ya alcanzó el combate toda su solemnidad. Fusilería de trinchera a trinchera, segar de ametralladoras en los intentos de asalto, granadas de cañón en profusión delirante. La noche tendió su negra túnica y la violencia de la batalla creció con la oscuridad. Los "rojos" hacían un ataque ge-

neral; y "Rivielles" y "El Centinela", y "Cueto" y "Grullés" y las posiciones situadas al otro lado del río Nalón y los puestos de Oviedo se incendiaron en luminaria trágica. Las trincheras eran asaltadas y el cuerpo a cuerpo constituía el refinamiento de la ferocidad humana. Las bombas de mano y la bayoneta producían su cosecha de víctimas y los culatazos, los puñetazos y hasta la acción de los mismos dientes, sustituían al fusil destrozado y al machete perdido. Los marxistas estuvieron en las mismas calles del pueblo; pero no pasaron, no pudieron pasar, por que el valor y el arrojo de nuestros hombres los lanzó nuevamente a la montaña.

Ochocientos heridos trajeron las ambulancias al Hospital en aquella jornada. El combate continuó duro el día veintidos, el veintitres amainó bastante y en los días sucesivos fué cedido en intensidad hasta quedar todo en calma dos o tres fechas después.

Y Grado y Oviedo siguieron y seguirán siendo de España para siempre.

¡Soldados que caisteis en la terrible lucha del día veintiuno de Febrero, mártires de la Patria que impedisteis con vuestro sacrificio el triunfo que el enemigo contaba por seguro sin saber de vuestro heroismo ni de vuestro amor a la España Eterna; que pagasteis a precio de sangre y de vida el liberado territorio asturiano; yo hoy, sobre estos mismos campos conservados por vuestros seguidores, pongo la cruz imperecedera del recuerdo y elevo por vosotros al cielo una plegaria!

El personal del Hospital

Me detendré solo en mencionar el personal médico. Las Hermanas de la Caridad tienen un capítulo aparte ya que están incluidas en la narración titulada "Sor Inés" aplicable, en cuanto a bondad y a cumplimiento se refiere, a todas las monjas que en el Hospital prestan sus cuidados a los heridos y enfermos. Del Capellán Alejandro Fresno, también me ocupo al relatar su calvario para evadirse de la zona "roja". Las enfermeras, los enfermeros, los sanitarios y demás personal, han ejecutado admirablemente su cometido durante mi permanencia en la campaña.

Tres alféreces médicos, Ramón Monterroso, Jaime Bahamonde y Félix Leiro y dos médicos civiles, Pelayo Rey y Víctor Mendiola, prestan permanentemente servicio en el Hospital. Son todos valientes, cumplidores e inteligentes; tienen del deber el concepto más elevado y trabajan con ejemplar patriotismo y desprendimiento. Hay también siempre en el Establecimiento un Capitán cirujano con su Equipo Quirúrgico completo. Estos Equipos alternan cada quince o veinte días y así he conocido al Capitán Francisco Ponte con su hermano José que le sirve de ayudante; al Capitán Julio Collazo con sus también ayudantes José Ron, Antonio Ramos y Carlos Fernández; y al Capitán Fernando de la Riva con los componen-

tes de su Grupo Angel de la Riva, Ramón Morandeira y Manuel Alvarez.

Todo cuanto pudiera decir aquí de estos hombres abnegados, escrupulosos en el ejercicio de su importantísima misión, cariñosos y rectos, sería ténue reflejo de la realidad que admiro.

De este personal tan idóneo y tan afectuoso, conservaré siempre un recuerdo gratísimo. Nunca mi autoridad de Director ha tenido siquiera que intentar manifestarse de manera violenta. Cada cual ha hecho de su misión un sacerdocio, y, fuera de esta, todos hemos sido amigos íntimos, con la intimidad que sella el peligro y el sagrado deber que al igual realizamos. Amigos en las horas del paseo, amigos en los ratos angustiosos, amigos en la mesa compartiendo el alimento y las bromas de buen tono, amigos en el descanso jugando à las cartas o a algún otro juego siempre sin interés material y solo por entretenimiento.

Y esta amistad y este cariño cultivados en momentos tan solemnes e inolvidables serán tan solemnes y tan imperecederos como el recuerdo de esta guerra que nos ha hermanado en satisfacción y en sacrificio.

¡Mi madriña, mi madriña!

Entre las consecuencias terribles que puede traer la guerra, para un hombre que se halla en la lucha, incluyendo la terminación de la existencia, la que más me horroriza es la pérdida de la vista. Todas las mutilaciones son lamentables y amargamente dolorosas. La amputación de los miembros superiores, de los brazos, de las manos, de las santas y encallecidas manos que ahora tienen el fusil y ayer constituían el medio de obtener el pan cuotidiano. La falta de las piernas, órganos del movimiento que nos hacen ágiles y nos llevan a buscar lo que necesitamos. Pero nada comparable, en intensidad, con el dolor de haber perdido la vista. No ver es no vivir; algo mucho peor, es vivir muerto; sufrimiento de los sufrimientos, dolor de los dolores. ¡No sentir más la luz sobre las pupilas, no contemplar la naturaleza, no volver a recrearse en los hijos, en la mujer amada y en la madre bendita; arrastrar una vida vejetativa, sin sabor y llena de ansiedad irrealizable. Noche negra en el cuerpo, angustiosa noche en el espíritu si este no se sobrepone, con heroismo, pensando en lo sublime del sacrificio y en un "más allá" glorioso compensador de tanta amargura...!

"¡Mi Madriña, mi madriña!" ¡Ya no te veo más, mi madriña!" Así se lamentaba un herido

que ha ingresado esta mañana en el Hospital. Una bomba de mano le explotó en la cara arrancándole la vista para siempre. Es un soldado gallego que allá en su aldea, junto a los "rapaciños" y a la "vaquiña", dejó un día á la pobre viejecita de sus amores. Uno de esos maravillosos hijos de Galicia que, a costa de su sangre y de sus vidas, han salvado a Asturias de las garras de la "bestia roja".

"Asturias, es el cementerio de Galicia"; se nos decía en retaguardia cuando veníamos para el frente. Luego he podido comprobar con cuanta razón se prodigaba esta frase. Lo que Galicia ha hecho por Asturias, el esfuerzo y el dolor de aquella región virgiliana que nos suena a gaita y a esquilas y nos huele a prado y a lana y a leche fresca y a pinos resinosos y a mujeres fuertes y rosadas y que sabe hacer un héroe de cada uno de sus hijos, solo la historia de esta guerra podrá dárnoslo a conocer algún día.

"¡Mi madriña, mi madriña! ¡Ya no te veo más mi madriña!" El lamento de este gallego heróico se me clava en el alma como un estoque de acero toledano. "¡Mi madriña, mi madriña!"

Y pienso en todos los que en esta santa guerra, por Dios, por España y por la civilización universal, han sentido cerrarse los ojos de su cuerpo penetrando, en el acto, en el umbral luminoso de la Gloria.

¡Ciegos de la guerra española, hijos predilectos de la Patria que camináis sin luz corporal pero que lleváis el alma radiante de deslumbradora luz de Gloria; honor para vosotros, respeto para vosotros, admiración para vosotros; España, la vieja España, la nueva España, la siempre admirada España, os ha besado en la frente con ósculo

que imprime perennidad de amores; y nosotros, los españoles todos, temblorosos de emoción, os besamos las manos con el dolor y el respeto más admirativos y reverentes!

Sor Inés

Sor Inés es un lirio blanco. Sor Inés es una monjita clorótica de manos marfileñas y cara transparente. Es algo diminuto y grande a la vez. Es una figura terrenal y divina; nube vaporosa, sútil, que no es de este mundo ni del otro, que asciende toda blanca, como los vuelos de su toca, y se queda entre los dos espacios, más tirando al alto que al bajo. Sor Inés es la hermana, la novia, de todos los médicos que trabajan en el Hospital, a quienes cose la ropa, sirve a la mesa y alienta en la tarea. Sor Ines es la madre, la hermana, la novia de todos los heridos a quienes cura, atiende, acompaña y consuela. Sor Inés es una muñeca enferma que lleva su enfermedad con tanto cariño como el que pone en los pacientes que cuida. Me preocupa la delgadez y delicadeza de esta santa de armiño; ella disimula sus males pero la Superiora me lo advierte todo. Hace su vela nocturna, se esfuerza en realizar los actos comunales y Sor Inés no puede continuar esta vida de actividad y de sacrificio.

—Sor Inés, le voy a poner unas inyecciones de Hepatrat; le sentarán muy bién; se pondrá Vd. fuerte y no volverá a sentir mareos ni dolor de cabeza.

—Capitán, pero si no me siento de nada.

Sor Inés consiente que le trate después de gran

esfuerzo, casi por virtud de imposición. Pinchó aquella carne con la veneración de quien cumple una devota promesa.

Sor Inés no consiente en hacer reposo. Yo la he visto limpiando el sudor frío de un herido que agonizaba, mientras por su rostro dejaba correr el suyo más frío todavía. Yo la he contemplado esforzada en dar cloroformo a un paciente, mientras ella se iba adormeciendo sin sentirlo víctima de su anemia y de su imposible gran estímulo. Yo la he observado refrescando los labios de un moribundo, mientras su alma parecía marcharse más aprisa que la del ser de su cuidado. Y ha sido siempre riéndose, transformándose, divinizándose.

Y he meditado: ¿Es imposible que se haya siquiera pensado en sustituir a estas mujeres semisantas por enfermeras asalariadas sin otro estímulo que la remuneración mensual por un servicio que tan mal se aviene con la materialidad de unas monedas? ¡Cómo nos habíamos empeñado en hacer desaparecer todo lo grande y noble de nuestro espíritu!

Porque Sor Inés, es la encarnación, el ejemplo, el reflejo fiel de otras tantas monjitas que constantemente nos han conmovido. Las he conocido en el Hospital Clínico cuando estudiaba la carrera; las he tratado intensamente en la Leprosería Regional de Las Palmas, que dirijo hace catorce años, donde hay una Sor Josefa ante la cual yo me arrodillo como ante una imágen de la Virgen María; las he visto ahora en un Hospital de Sangre del frente y sigo creyendo en la encarnación perpétua de lo divino sobre la tierra.

Sor Inés ha salido esta tarde de paseo; vá con otras dos Hermanitas pequeñas y delgadas como

ella, Sor Isabel y Sor Antonia. Allá, sobre unos montículos, se vislumbran tres puntos blancos que saltan y corren como corderillos retozones; y, a medida que se van acercando, escuchamos unas vocesitas sonoras y frescas que repiten: ¡Gallinita ciega, gallinita ciega...!

Sor Inés, esta noche, volverá a limpiar el sudor frío del herido que agoniza y a refrescar los labios del moribundo, mientras su alma parecerá marcharse más aprisa que la del ser de su cuidado.

¡Dios os salve, benditas mujeres que, como la de mi relato, hacéis el bien por presentir la Gloria; las que atendéis a los ancianos, las que cuidáis a los leprosos, las que curáis a los heridos, las que veláis a los enfermos; porque el Señor está con vosotras, seáis por siempre benditas y glorificadas!

¡Españoles, rezad!

DIA 13 DE JULIO DE 1937

Rezad, españoles de la España liberada; rezad, hijos de la España fecunda madre de héroes, de místicos y de mártires. Hombres de hebras plateadas, jóvenes de apuntado bozo, rezad. Rezad, mujeres de la España Católica, haced rezar a vuestros hijos y guiad la voz de aquéllos que por su edad no supieren hacerle por sí propio; ellos recogerán mañana una cosecha expléndida y comprenderán la razón y la justicia de este acto que ahora ejecutan inconscientemente. ¡De rodillas, súbditos de la nación heróica entre las grandes y mártir entre las sacrificadas! Hoy es día de rezo y de lloro; de rezo fervoroso y de lloro viril y emocionado; fecha marcada en nuestra Historia con negruras de muerte y con explendores radiantes de resurrección. Hoy hace un año que dejó de existir, vilmente asesinado, un español ilustre, un patriota ferviente, una eminente personalidad de España, cuya figura cumbre traspasara las fronteras patrias para universalizarse como punto luminoso en un firmamento doctrinal común ¡José Calvo Sotelo! Y hoy hace un año que la España de todas las horas, que la España de todos los tiempos, que la España de todas las grandes epopeyas universales, se puso

en pié, se avergonzó de su marasmo inexplicable y suicida y se irguió con nervios de hierro y corazón de sol candente y luminoso. El león español sacudió su melena, su rugido retumbó en todo el orbe y sus garras están dando fin al enemigo más terrible de la humanidad civilizada: El marxismo destructor, cobarde y sanguinario.

¡Loor al muerto que impulsó el hecho y admiración a la nación que supo iniciarlo y lo está consumando!

Rezad, hombres y mujeres de España; rezad por la gloria del muerto y por la consecución del ideal que despertó en los vivos. ¡Por la gloria de Calvo Sotelo y por la salvación de la España que él supo encontrar en el caos fatal de los últimos años!

Aquí, en el frente, hemos orado fervorosamente por ambas peticiones. En la mañana de hoy asistimos a una Misa de Requiem que la multitud oyó con el respeto conmovido de los actos transcendentales. Todos en silencio, firmes, inmóviles. ¡Autoridades que llevan el peso y la responsabilidad de la Campaña, médicos que vemos la cruda realidad y el sacrificio sublime de las jornadas victoriosas, soldados que ayer han combatido en las trincheras, admirable juventud de sol y acero; todos con el espíritu puesto en el Mártir y en la Patria! Y cuando el sacerdote elevó la Sagrada Forma hubo un sólo golpe de rodillas; y es que se postraba el alma colectiva vibrando en un mismo afán y en un sentimiento único: ¡Señor, dále la Gloria y salva a su Patria adorada!

Esta tarde, a la hora del Rosario, la Capilla del Hospital se ha llenado de gente. Enfermos

y heridos no impedidos, personal civil y médicos de asistencia. Nadie ha dicho nada; no ha habido convocatoria previa; pero, aquí nos hemos encontrado como autómatas.

El sacerdote recita unas oraciones, pasa las cuentas del sonoro rosario y reza también por los muertos y por España. Un canto sútil, angelical y emocionante, se apunta en el espacio; las Hermanas de la Caridad elevan al Cielo una plegaria. Y al desgranarse las notas sencillas, vaporosamente espirituales, ván dejando caer como un rocío luminoso que nimba la figura del mártir. ¡José Calvo Sotelo, presente!

Y así termina este día que hasta parece que los "rojos" han respetado no haciéndonos sentir ningún cañonazo.

Llegan las ambulancias

En la puerta del Hospital han parado dos vehículos. Son dos coches cerrados con unos ventanales largos en la parte superior de sus costados. Uno, está pintado de verde y luce tres grandes cruces encarnadas; una, delante en el borde mismo del techo y las otras, a ambos lados, debajo de los ventanales. El otro, es un coche viejo, veterano de la campaña y ya no sabemos que color tuvo; está desteñido, solo le resaltan la cruz roja y las mil abolladuras y los agujeros que en él ha señalado la metralla.

Es la evacuación de Oviedo. Los sanitarios se preparan para bajar las camillas y los médicos están dispuestos para efectuar los reconocimientos y las intervenciones que procedan.

Se abren las puertas de las ambulancias y sobre los barrotes matálicos corren las suspensiones de las camillas que son atraídas al exterior; en cada una viene un soldado de España, forrado en su manta, dejando ver el rostro que, en general, nos revela enseguida la importancia de una lesión que sufre. Colgando del cuello, como medalla o escapulario exterior, cada paciente trae una cartulina taladrada que consigna el diagnóstico y el pronóstico de sus heridas. XX, herida de metralla en antebrazo derecho con probable fractura, menos grave. ZZ, herida en sedal en el muslo iz-

quierdo, leve. R. R., herida de metralla en la región occipital, gravísimo. S. S., herida de metralla en la pierna izquierda, grave.

Mientras ponemos un yeso al fracturado y curamos a los otros tres, el último de los cuales es un lesionado casual por haber pisado una bomba de mano lanzada por los "rojos" el día anterior y que no había explotado, investigamos con el herido leve la posición de donde proceden y el hecho de armas que ha ocasionado sus bajas.

"Venimos de Escamplero, nos dice; la misma granada de cañón hirió a mis compañero en la cabeza y en el brazo; lo mío fué un tiro de fusil que me alcanzó cuando salí del parapeto para ir a descansar después de la guardia; esto, no es nada; pero me parece que el que no lo cuenta es el pobre del "pildorazo" en la cabeza; y lo siento porque es buen chico; "mala pata", a eso estamos siempre expuestos y ya, ni lo pensamos; los tiros de "suerte" como el mío son bastante raros".

Así, de esta manera tan sencilla y con este vocabulario "técnico" expresan estos muchachos su estoicismo, su tranquilidad y la naturalidad con que pasan de la vida a la muerte.

Las ambulancias han retornado vacías a su destino; el Hospital ha aumentado su número en cuatro estancias; tres de los entrados, ya curados, reposan en sus camas; y el otro, a quien el Cirujano no ha podido hacer nada, entrega su alma a Dios auxiliado por el Capellán y una Hermanita que hace, con exactitud perfecta, las veces de bondadosa madre.

Como luchan los héroes

Conferencia enviada desde el Frente a Las Palmas y que fué leida ante el micrófono de la Radio Militar.

Señores Radio-escuchas: En varias ocasiones he tenido el honor de dirijiros la palabra por medio de este maravilloso sistema de difusión de ideas, magnífico medio de extender el pensamiento que, en la captación de cada oido, puede pararse tocando a reflexión o rodar sin detenerse a gusto y sensibilidad de quien escucha. Hoy no será mi voz la que vibre ante el micrófono emocionada y fuerte; será otra voz la que os recite estas cuartillas que hacia mi pueblo envío, ya que la gloriosa distancia que de él me separa, gloriosa porque sirvo a mi Patria en el frente de batalla, impide la autoexposición de esta ligera conferencia. Sin embargo, conmovido al escribirla, pensando con intenso cariño en mis peñas atlánticas, en su españolísimo fervor y en mis caros afectos, yo quiero, ante todo, enviar a mi pueblo la cálida expresión de mi amoroso saludo contenido en estas dos exclamaciones intensamente sentidas: ¡Viva España! ¡Viva Gran Canaria!

El tema de esta que llamaré conferencia cuando en realidad es la exposición de un leve reflejo de cuanto veo y palpo en este frente asturia-

no, "como luchan los héroes", ha sido escogido por la razón misma que acabo de indicaros; porque soy testigo presencial de innumerables hechos impresionantes y porque cada detalle admirable del comportamiento imponderado de nuestros soldados ha abierto en mi alma una huella de emoción perenne que destila admiración y me mueve, y debe movernos a todos, a eterno agradecimiento.

¡Soldado de España, héroe anónimo de esta guerra, santa por la liberación material de la Patria y por el ideal universal que encierra; desconocido soldado que luchas sin el estímulo de una recompensa material, sin el excitante de una gloria individual, sin el acicate de una carrera brillante, sin pensar siquiera en un bienestar personal próximo. Infantes que en colectivo afán de gloria escaláis las montañas deslumbrados por el brillo argéntico de vuestras gloriosas bayonetas, artilleros que arrastrais sudorosos, pero no cansados, y servís las potentes máquinas de guerra que al propio tiempo que hieren saludablemente las entrañas de la patria ván encontrando su noble corazón; aviadores, hombres de alas azules, que exponéis en cada minuto vuestras vidas y os eleváis materialmente a los cielos como se eleva vuestro espíritu pleno de amor por la Causa española; ciudadanos todos que peleáis en conjunto anónimo, que caéis y os levantáis con mayor brío, que quedáis en el campo fecundando la tierra pródiga y cariñosa, que ingresáis en los Hospitales mutilados, deshechos, que paseáis con orgullo vuestros cuerpos cribados por la metralla "roja", yo os saludo reverentemente y proclamo ante el mundo que sois los héroes, que sois los mártires, que sois los santos, que sois España y

que España es, ante todo y sobre todo, también vuestra!

Frente de Asturias. Me hallo en el Hospital de Sangre, más avanzado del frente, que tengo el honor de dirigir. Desde este lugar observo con toda exactitud el campo atrincherado. Trincheras nuestras y trincheras rojas; surcos grabados en la tierra madre como huellas de amor filial y desgarros producidos en el cuerpo bendito de España por hijos expúreos obedientes a consignas extranjeras plenas de destrucción y de odio. Y dentro, eso; hombres de corazón de acero, hijos amantísimos, de espíritu sano, sacrificados, llenos de privaciones por un ideal extraordinario, virtuoso, expléndido y seres que se revuelven en el lodo, sin ideas, condenándose en el transcurso de cada hora, llenos de veneno, renegando y muriendo sin saber por qué ni a dónde les conduce su sacrificio estéril. Y, como lógica consecuencia, sigamos observando esta diferencia que se traduce en la vida, en la lucha y hasta en la propia muerte. Mientras los "rojos", que a fuerza de reflexión luchando con la miseria material y moral que les rodea llegan a depurarse, pasan a nuestras filas en constante grifo abierto y nos manifiestan su falta de espíritu combativo y la expresión del infierno de su vanguardia y retaguardia, los soldados de España, firmes en sus parapetos, sólo esperan llenos de unción sagrada, de amor sublime, de patriotismo asombroso, el momento deseado en que el mando dé la voz de avance para caer como leones, cachorros nuevos de la vieja leona asombro de los mundos y de la Historia, sobre las trincheras enemigas.

Hace algunos días se tomó la loma de "La Es-

taca": Un puñado de hombres avanza por la falda de la montaña; tremenda explosión de bombas de mano, de morteros y de ametralladoras. ¡Arriba, arriba! ¡Viva España! Polvo, humo, fogonazos. Al hacerse el silencio del ruído mecánico volvemos a escuchar los vítores patrióticos y el pabellón español luce explendoroso en la cima codiciada. ¡Viva España!

Al poco tiempo comienzan a llegar las ambulancias; el Capitán de la heróica Compañía marroquí viene herido, negro de humo y de polvo, sangrando las manos y la cara; y al encontrarse conmigo en la puerta del humanitario Establecimiento, sólo pronuncia estas palabras acompañadas de una sonrisa que por su estado desfigurado casi nos ha parecido una mueca: "Compañero, dáme una cama para descansar un momento".

Entramos en el Quirófano; sobre la mesa de operaciones hay un soldado con una pierna deshecha; es menester amputársela y, cuando hecha la anestecia raquídea que deja libre el sensorio, comenzamos apenados la operación, aquél heróico español, como si se diera cuenta de nuestra amargura, exclama tranquilamente: "No importa; aún tengo que dar gracias a Dios por haberme dejado con vida para ver la victoria final y la grandeza de España".

Ayer ingresó en el Hospital un soldado de Ingenieros herido cuando se afanaba en construir una alambrada. Mientras le hacíamos la cura con todo el cariño y el respeto que nos merecen estos valientes, el soldado nos ha manifestado lo siguiente con la mayor sencillez: "Cuando colocaba unos alambres oí explotar la bomba; luego me sentí ciego, la tierra me cubrió los ojos, me figuré que sería la metralla y hubo un momento en que

pensé que moriría; más, al pasar unos minutos y darme cuenta de que podía levantarme y ver la claridad, experimenté sólo la satisfacción de haber derramado sangre por España".

Y hace apenas unas horas tomamos el Puerto de Somiedo, base fundamental para futuras operaciones que han de libertar a los pueblos asturianos que aún se encuentran en poder de las hordas marxistas. La operación se llevó a cabo por fuerzas combinadas de León y Asturias. Poco tiempo de lucha y con sólo cuatro bajas por nuestra parte, un muerto que agonizó dando vivas a España y tres heridos que aún querían seguir en el combate, se plantó el pabellón nacional en lo alto de aquél puerto brillando al sol sus colores de sangre y oro.

Y estas no son más que simples muestras de lo que se viene constantemente repitiendo. A dos pasos de nosotros está Oviedo, la ciudad heróica, mártir y españolísima, testigo perenne de acciones inconmensurables. Mientras sus muros resisten estóicos la metralla furiosa de los que no atreviéndose a dar el pecho lanzan desde distancia toda la ruindad de sus inhumanos sentimientos, en sus sótanos trabajan los Equipos Quirúrgicos, en su perímetro avanzan nuestros soldados limpiando poco a poco de "rojos" el territorio y en sus calles, apesar de todo alegres y seguras de la próximo total liberación, resuenan diariamente los acordes de los himnos de Falange y Requetés finalizando siempre con los de la Marcha Real española acogidos con atronadores aplausos y aclamaciones emocionadas.

¡Así luchan, mueren, viven y triunfan los héroes de España!

En el campo "rojo", la mentira, el engaño, la

amenaza y el crimen. Hace poco instalaron los dirigentes marxistas un micrófono cerca de sus trincheras y desde él, imitando uno la voz del General Queipo de Llano, fingía lamentaciones de este caudillo, por las pérdidas sufridas por nuestras armas en Brunete. "Lo véis, decía a los "rojos" otro dirigente que se hallaba dentro mismo de los parapetos, hasta Queipo de Llano confiesa la derrota". A los dos días de la extraordinaria conquista de Bilbao un miliciano "rojo" dijo a uno de nuestros soldados hablándose de parapeto a parapeto: "Si, sabemos que habéis tomado Bilbao; pero lo que vosotros ignoráis es que estamos en las puertas mismas de Sevilla".

Así, de este modo, siguen engañando y envenenando los jefes a los pocos pobres "rojos" que aún permanecen en las trincheras por temor a las ametralladoras colocadas a sus espaldas.

¡Oidlo bien, pueblos civilizados de Europa que aún pretendéis hablarnos de gobierno legalmente constituido. Legalidad no es, no puede ser, un papel escrito, una farsa, ni siquiera un remedo de Gobierno Popular, escarnio de la cultura, negación de la humanidad, exaltación del crimen. Legalidad es espíritu, es conciencia, ideal, civilización, humanismo. Legalidad es lucha sagrada por el engrandecimiento nacional, por el bien colectivo, por la conservación de los principios más nobles que caracterizan al ser humano diferenciándolo de la bestia sin religión y sin conciencia!

Por la consecución de todo ésto luchamos los hombres de la España nacional. Por ésto combaten, del modo que acabo de exponeros, los héroes anónimos de La Estaca, de Somiedo, de Oviedo, de todo el Norte, que son los mismos héroes del Alcázar, de Santa María de la Cabeza, de Badajoz

y de Málaga; los nietos del Cid, los nietos de Isabel y Fernando, los nietos de los héroes del Dos de Mayo; los seguidores de Calvo Sotelo, de Primo de Rivera y de Mola; los que llevando a Dios en el corazón, aman, sienten, y obedecen hoy al Caudillo de los caudillos: ¡Franco, Franco, Franco!

Y ahora, para terminar, permítaseme una expansión sentimental y emocionada. Vayan estas cuartillas dedicadas a mi mujer, a mis hijos, a mi padre y a la memoria de mi santa madre. Ellos saben del dolor de la ausencia y conocen también cómo lo experimento yo en mi alma. Pero deben saber, hoy y siempre, para orgullo de ellos y mío, con cuanta satisfacción presencio este resurgir glorioso y con qué honor contribuyo, y ellos también con su sacrificio, en la medida de mis fuerzas y de mi obligación, al deber que la Patria nos impone.

¡Viva España! ¡Arriba España!

"Caza de grillos"

Nos habían dejado tranquilos aquella tarde; el tiempo era primaveral, magnífico. Decidimos dar un paseo y salimos, monte arriba, Collazo el Cirujano, María Victoria dama enfermera del Hospital y yo. Nos dirigíamos hacia un pinar cercano junto al cual existe un fresal que constituye nuestra codicia. Pisábamos la hierba fresca y de vez en vez hacíamos una parada para contemplar la espléndida naturaleza. Encontramos unas casas destechadas, consecuencia del hierro marxista; y algunos hoyos abiertos en la tierra dejaban ver en su fondo el metal oxidado de una caparazón tubulosa que no había explotado. Monte arriba, monte arriba, comentábamos el empeño de los hombres en destruirse cuando todo a su alrededor invita a la vida intensamente. Nos interrumpió el diálogo la voz del Cirujano que se había quedado detrás y gritaba: "¡Aquí está uno, aquí está uno!" Volvimos la cabeza y miramos a Collazo inclinado sobre la tierra haciendo salir a un grillo de un agujero metiendo una pajita por el boquete de la madriguera. Anda mal del cerebro, pensé; María Victoria se fué hacia él y yo continué algunos pasos mi camino. Volví a pararme y ví a María Victoria buscando igualmente madrigueras de "cantores nocturnos"; no sé por qué ya, aquello, no me llamó tanto la aten-

ción; unos pasos más y, de pronto, me ví yo también urgando los agujeritos. Al darme cuenta, me pregunté a mí mismo: ¿Qué la guerra nos habrá vuelto a todos locos?

La guerra nos infantiliza; durante su breve reposo cojemos grillos, jugamos al fútbol, decimos cuentos. La guerra nos hace, en segundos, héroes, niños, crueles y agresivos, sentimentales e ilusos. La guerra, es la vida vivida rápidamente; tal vez sea la única verdad, la que no vemos en la paz porque la disimulamos con unas convenciones que nos hemos impuesto para aparecer como no somos.

¡Cruel verdad, como sales de cuando en cuando a la luz pública para que nos avergoncemos de nuestra miseria!

Más, aunque espíritu abierto a la paz y a la fraternidad humana, no puedo menos de calificar de Santa a esta guerra española que nosotros hacemos, sin haberla traído, y que juzgamos indispensable para la eterna paz de nuestro pueblo.

La Iglesia destruída

He aquí un capítulo que se encontrará en todos los libros que narren algo de esta guerra. Pero, no obstante su monotonía, interesa mucho repetirlo.

Ya hemos dicho que en Grado hay bastantes casas derrumbadas, muchas sin techo, otras con las ventanas y las puertas arrancadas de cuajo, vientres abiertos y órbitas vaciadas por la ruindad marxista que hace sangre y produce dolor hasta en la dura carne de la piedra. Quedan pocos cristales intactos porque es la transparencia lo que mas repugna a los que viven y se mueven entre sombras de escombros. El edificio del Mercado no existe. Por todas partes impactos y rocío de cascotes. La iglesia, que culminaba en el centro del pueblo, es un enorme esqueleto enhiesto tatuado por la tea incendiaria y golpeado furiosamente por el cañón que aún no ha terminado de cebarse en esta sagrada osamenta. Sin techo, sin la mitad de su torre, sin puertas ni ventanas, sus paredes llenas de agujeros, sin restos en su interior de columnas, altares e imágenes, está pregonando a los cuatro vientos la maldad y la barbarie de los que han querido hacer de España eso;

un inmenso esqueleto sin el menor residuo de cultura ni de civilización.

Aquí, junto a una de las tapias de este que fué lugar de recogimiento y de oración, quedó instantáneamente muerto un compañero; un alférez médico que había salido del Hospital para hacer una diligencia en el pueblo; la metralla, enrojecida por su sangre, tiñó de grana un pequeño blanco de cal que había quedado en la pared como dispuesto para delatar la criminal hazaña.

¿Por que se esfuerzan los "rojos" en destruir los templos y todo lo que pueda significar elemento al servicio de Dios? ¿Creen arrancar, con ello, la fé del pueblo?

Ya el cínico de Azaña en su egolatría insuperable dijo: "España ha dejado de ser católica". Como si su ridícula sentencia ¡imbécil! tuviera la fuerza invertida del Fiat progenitor y pudiera jugar con el espíritu a su capricho.

El resultado de todo esto está a la vista: ¡Donde haya un montículo, donde se encuentre un pedazo de piedra, habrá un altar. Es más, donde exista un puñado de tierra, donde hayan unas bocanadas de aire, donde aliente un corazón español, habrá una misa, un arrepentimiento, una oración, un álito de glorificación al Dios de lo creado, Dueño y Señor de la Felicidad Eterna!

Ahora más que nunca es España católica. Ahora, por que los tibios, los adormecidos, en un acto de rebeldía contra quien osó entrar a saco en el espíritu, se han enfervorecido avivando y exteriorizando sus sentimientos.

¡Bienvenida sañuda persecución a la doctrina de Cristo, tu has templado las almas en el dolor, tú has fortalecido y has estampado, con cuño indeleble, la fé católica en nuestros corazones; y

como ayer Cristo saliera triunfante de la furia del paganismo soez y degenerativo, hoy brilla intacto en lo más alto como Lucero de peremne máxima intensidad que seguirá llenando al Orbe de claridades en todos los tiempos!

Ha muerto Mola

"Padre nuestro que estás en los Cielos...", finalizó la crónica de "El Tebib Arrumi" en la que nos daba cuenta de la angustiosa y fatal noticia.

Padre nuestro que estás en los Cielos..., repetimos nosotros helados de terror, reunidos junto a la radio, en el comedor del Hospital, en esta tarde espantosamente triste del frente de Asturias y de todos los frentes de España.

Antes habíamos escuchado la voz emocionada del general Queipo de Llano que ponía un responso sobre el recuerdo de algún personaje que no pudimos saber quien era por haber abierto la radio ya comenzada la audición. Un presentimiento, algo inexplicable pero cierto, nos hizo pensar en una gran desgracia. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué dijo? Nadie se atrevía a dar un nombre y Queipo había dicho y esto si que lo oímos bien: "Dios no ha querido que viera la entrada de sus hombres en la población, cuya liberación fué por él planeada. Muere cuando llegaba la hora de su triunfo definitivo".

Apenas iniciada la crónica de "El Tebib Arrumi", exclamamos todos a una: ¡Mola! ¡Ha sido Mola! Y nuestro semblantes reflejaron la enorme angustia que nos invadía.

Un silencio profundo puso en el ambiente el sello del dolor y la crónica siguió desgranando sus

palabras para finalizar con la invocación al Dios de los Justos: "Padre nuestro que estás en los Cielos..."

¿Qué pasó después por nuestro espíritu? Una ráfaga de pesimismo, de imposibilidad, de fatal predestinación. "¡Hombre de poca fé!" ¿No sabes que es ésta la que salva? Y, en el acto, la fortaleza estuvo con nosotros. Me levanté y, con visible emoción, dije: Muchachos, a trabajar; la memoria de Mola se honra jurándole mayor valor y más eficaz rendimiento. ¡Viva España! ¡Honor al insigne General caído!

¡A trabajar!

Júbilo en el frente

Hemos estado todos estos días pendientes de la radio. Esperábamos con impaciencia la extraordinaria noticia; Bilbao estaba al caer y, aunque considerábamos un hecho su posesión, ansiábamos el momento en que se nos comunicara que nuestros hombres habían puesto la planta en la Villa del hierro. Y llegó la hora; "Radio Requetés de Guernica" lo dijo lacónicamente con palabra fuerte y emocionada: "Se confirma oficialmente que, en estos momentos, los soldados de España entran en las calles de Bilbao".

Salí corriendo, escalera abajo, pretendiendo ser el primero en comunicar a todos la formidable nueva; más antes de llegar al último peldaño, ya escuché el tronar de los voladores lanzados desde la calle y el griterío de la gente que se echó al arroyo en espansión irresistible de fervor patriótico. ¡Viva España! ¡Viva Franco! Gloria a Mola! ¡Viva el Ejército!

Momentos después sale la Banda de música y se dirije al local del Estado Mayor seguida de una muchedumbre justamente alocada. ¡Cantos patrióticos, gritos imponentes de entusiasmo, sones alegres del instrumental concierto, tronar de cohetes en el espacio!

Cuando esta manifestación llega a su apojeo y el General Martín Alonso dirije su justa pala-

bra al público congregado frente al Gobierno Militar, los "rojos", que enterados de su derrota no pueden reprimir sus impulsos de coraje y de odio, intentan ametrallar a la multitud lanzando desde sus posiciones un considerable número de granadas. Estas explotan en el aire, en la tierra, más lejos, más próximas; la multitud permanece inmóvil, electrizada, petrificada por la gustación interior de la victoria; y por fortuna, y hasta pudiéramos decir milagrosamente, no ocurrió ninguna desgracia.

La noche nos había de traer otra sorpresa y, si cabe, un mayor entusiasmo: A las doce en punto se iluminan todas nuestras posiciones altas. ¡Grado entre llamas! Son luces de bengala y fuegos de artificio que se queman en honor al fausto acontecimiento; las baterías hacen descargas jubilosas y los "pobres "rojos" creyendo que se trata de un ataque general iniciado por nosotros, huyen despavoridos abandonando sus trincheras.

Cuando a la mañana siguiente dos milicianos, que aprovechando la confusión se pasaron a nuestras líneas, nos dan cuenta de esto, "casi hemos séntido pena" al pensar que mientras nosotros gozábamos del triunfo ellos se morían de pánico presintiendo una paliza formidable.

Combates en la noche

La noche se presentó cerrada; más que oscura pudiéramos decir intensamente negra. Ni una estrella, ni ese ténue reflejo que muchas veces, cuando acostumbramos la vista a la oscuridad, nos hace apreciar siquiera la diferencia de tonalidad del firmamento con la tierra. Grado sumido en profundas tinieblas; borradas las siluetas de las casas, borrados los geroglíficos de los árboles.

Sobre las doce, una luz se enciende al parecer en un monte y brilla y se apaga con intermitencia desigual; evidentemente hace señales telegráficas. A poco, un reflector potente aplica su cono investigador sobre las posiciones del otro extremo y, casi al mismo tiempo, comenzamos a escuchar las explosiones secas de las bombas de mano, el tableteo de las ametralladoras y el sonido timbrado del fusil en profusión acelerada. La montaña que está a nuestra derecha luce en su cresta una corona luminosa; es algo así como la iniciación de una aurora boreal que se propusiera anticipar el día; a veces se hace más intensa, otras se borra y en ocasiones se la vé temblar como a la llama de una gran bujía.

Es el alto de "La Cimera" iluminado por el fuego mortífero de los elementos de guerra que intervienen en el combate que en esta posición se está desarrollando. Una hora, apróximadamente,

contemplamos el reflejo de esta intensa hoguera y escuchamos el ruido, ya tan familiar, de los mecanismos destructores; luego, se hace el silencio y vuelve la oscuridad.

Un intento frustrado, pensamos; y después de esperar un tiempo prudencial por si llegaban heridos, nos retiramos a descansar confiadamente.

Son las cuatro de la mañana cuando nos despierta otra tormenta de ruidos infernales; ahora se mezcla con los sonidos anteriores el bronco estampido del cañón; se recrudece el combate y la montaña ha vuelto a iluminarse Sigue y sigue el alarde de pólvora y metralla. Dos horas pendientes de un resultado que presentimos pero que necesitamos que la relidad nos lo confirme.

Cuando ya la claridad del día empuja, despacio, las sombras de la noche, cesa el combate. Las siluetas de las casas del pueblo empiezan a destacarse sobre el fondo grisáceo del horizonte próximo, los árboles trazan sus geroglíficos sobre el mismo extenso lienzo gris; y al irrumpir francamente la luz radiante del sol de la mañana, un campo sembrado de cadáveres se presenta a la vista de nuestros heróicos combatientes.

¡Los "rojos" han perdido, una vez más, el tiempo, sus municiones y sus hombres!

Ejerzo la censura

Entre mis múltiples obligaciones, condensadas en toda la responsabilidad como Director del Hospital, está la de ejercer la censura en las cartas que salen del Establecimiento. Al atardecer se recoje la correspondencia depositada en un buzón común y por la noche hago de censor examinando las cartas una por una.

No he tenido nunca que tachar nada en esta correspondencia. Papel con retrato del Generalísimo impreso; sobres con igual señal patriótica; exclamaciones españolistas al comenzar y al terminar el texto; renglones llenos de amor a la causa española. Hay cartas, a madrinas de guerra, que son verdaderas declaraciones amorosas a muchachas que seguramente los remitentes no han conocido nunca; misivas que llevan latente el corazón de un ser agradecido por atenciones prodigadas sin preocupación por comprobar la personalidad del receptor ignorado. Papeles destilando cariño filial, ocultando a la viejecita la gravedad de la lesión que retiene a su hijo en la cama. Consejos a "camaradas" exponiéndoles el placer de esta lucha patriótica e invitándoles a tomar las armas por la causa nacional. Ni una queja, ni una lamentación, ni una tibieza espiritual.

Se dirá que los enfermos saben que la cen-

sura es inexorable, bien; pero esto evitaría, sin duda, toda espansión contraproducente; más, ¡que difícil es exponer en un pliego lo que no se siente sobre todo tratándose de estos muchachos toscos, de espíritu simplista sin complicaciones de mundana sociología!

He leído cartas ejemplares, reveladoras de temple heróico; sentimientos de individuos que tal vez mañana, al salir de aquí, sean eso, héroes. ¿Ignorados? ¿Anónimos? ¡Mucho mayor mérito el de aquellos que no esperan más recompensa que la satisfacción del deber cumplido y la gloria eterna de Dios si caen en la lucha!

En más de una ocasión, yo tengo entre mis muchos defectos la cualidad de ser sincero, he sentido confortada mi alma con estas lecturas.

Tengo fé, una gran fé; con éste material que estoy viendo y manejando, España llegará a la meta que ahora, de manera absoluta y terminante, se ha propuesto.

Una bandera roja

Frente a nosotros hay un pinar frondoso y en él han establecido los "rojos" una posición que denominan "El Centinela". Dentro de la espesura han construído las trincheras y así creen encontrarse más resguardados de nuestro fuego. La naturaleza es imparcial; cobija o mortifica igualmente a los buenos que a los malos; el campo arbolado y la tierra dura son indiferentes a las contiendas humanas; y el follaje cubre y la lluvia moja y el sol clava la carne sin preocuparse de determinar la condición moral del ser que recibe su acción.

En el límite mismo de este pinar con la roca viva, ha aparecido hoy una bandera roja que los marxistas han clavado en un alarde mortificante de existencia cercana; se la ve, a simple vista, flamear al viento que mece la arboleda. Pero los soldados de España no pueden consentir tamaño descaro que constituye una ofensa para nuestro venerado estandarte. ¡A la vista, no más bandera que la española enseña! Y las baterías lanzan sobre la selva, refugio de salvajismo humano, unas cuantas granadas. El efecto de la metralla es asombroso; el humo y el polvo sobresalen de los árboles como si estos se alargasen en una proyección cenicienta desaparecida en el infinito y algunos colosos centenarios caen sobre la

ladera en un desrriscamiento aparatoso. Un momento después la bandera roja ha desaparecido. ¿Barrida por nuestro hierro? ¿Arriada por el pánico de los fanfarrones que la habían colocado?

No hemos vuelto a ver, por este contorno, otra bandera roja; el lábaro español es dueño y señor de estos espacios; el viento lo hiere o lo mima, la lluvia lo halaga o lo empapa, el sol lo destiñe o lo ilumina, pero él, sólo él, entre caricias o azotes, vive señor enesta Zona como la Humanidad dueña del Mundo.

Las Baterías

"Picaroso" es un monte que se levanta al Norte de Grado; forma una elevación que domina todo este sector y desde cuya cumbre se divisan claramente las demás posiciones; las nuestras y las del enemigo. Macizo que constituye la llave de nuestra defensa, está perfectamente artillado con piezas de diversos calibres; 15.5, 10.5, 7.5 etc. Admirablemente construídos los refugios, las piezas se encuentran camufladas de tal modo que sólo se observan en el monte grandes grupos de pinos de entre los cuales salen lenguas de fuego cuando los cañones entran en función.

Hay aquí, como es natural, otras baterías; la de "Sistiellos", por ejemplo, de tiro rápidísimo; pero, es el caso, que para la gente los cañones de "Picaroso" son la tranquilidad; más, no la tranquilidad porque realmente sea esta, como es, la mejor posición que tenemos; sinó que, aún en momentos de cañoneo sin gran importancia, su sonido, su voz silbante, pone en los ánimos augurios de rápida calma. Parece como si oir los estampidos de "Picaroso" fuera el bálsamo eficaz para todos los males.

Empieza el cañoneo enemigo y la gente siente caer la metralla con la congoja que produce el interrogante de ¿a quien le habrá tocado?; ¿y el próximo? Pero al instante comienzan a funcionar

nuestras piezas y todo el mundo exclama como librándose de un opresor obstáculo: "Ya contesta Picaroso".

Y es que la gente necesita garantizarse y a falta de otra garantía más real, pone su seguridad bajo la protección del sonido de estos cañones.

La frase ha llegado a hacerse popular; y aunque muchas veces la artillería enemiga calla cuando la nuestra, mucho más certera, le contesta, el vulgo ya dá siempre como seguro este silencio; y, hasta nosotros mismos cuando nos cañonean y replican los nuestros, decimos tranquilizándonos: "Ya contesta Picaroso".

La sala de los "rojos"

Hay en el Hospital una sala, la número 11, destinada a los heridos "rojos" que, caen prisioneros. Esta sala es completamente igual en capacidad, ventilación y comodidades, a cualquiera de las otras que albergan a nuestros soldados. Tiene la misma clase de camas y los mismos mullidos colchones; la comida que en ella se reparte es idéntica a la que se distribuye entre los heridos nacionales y hay, como en los demás departamentos, un médico encargado de la asistencia a los pacientes.

En la Zona nacional no existe distinción entre los heridos; estos no son para nosotros más que eso, heridos; seres humanos, aunque por su conducta no lo parezcan, que necesitan de la asistencia y del cuidado de los que tenemos la misión de arrancar presas a la muerte y que, con nuestro trato, arrancamos también muchas a la barbarie.

Ahora se encuentran en este departamento cinco milicianos. Uno lleva hospitalizado bastante tiempo con una fractura de fémur mal consolidada; de un día a otro será evacuado a Luarca con objeto de que sea operado; otro llegó hace unos días "al parecer enfermo"; no habla, pero su estado general es inmejorable y no se le aprecia ningún mal; ha iniciado la "huelga del hambre";

más, es una huelga muy relativa; come como un desesperado cada tres o cuatro días. ¿Histerismo? ¿Simulación? Ya veremos.

En esta sala existe una guardia permanente, más por precaución que por verdadera necesidad; los milicianos están aquí muy bien y a buen seguro que no desean volver a las trincheras. Nos cuentan el hambre y las privaciones que soportan, los malos tratos de que son objeto y la desmoralización que en la zona "roja" se extiende por momentos. ¡Si no fuera por las represalias de los internacionales y por el temor a los tiros por la espalda!

Cuando estos milicianos están curados los entregamos, bajo recibo, a los agentes designados por el mando militar, los cuales los trasladan a presencia del Tribunal que ha de juzgarlos; Tribunal equitativo, recto y justo que resuelve conforme al Código cuya aplicación le está confiada.

Y los "rojos" salen del Hospital pensando en una benevolencia, que saben se alberga en el corazón de los españoles dignos, y bendiciendo al Establecimiento y al personal encargado de su servicio.

Y repetimos que, con nuestra conducta, hemos restado muchas presas a la muerte y muchos espíritus a la barbarie.

La lluvia

Llueve. Sobre los montes se ha corrido la niebla y ya no se ven los pinares, ni los arboles más cercanos, ni las casas, ni casi nos vemos nosotros mismos. Esta niebla no es un tul, es un lienzo blanco que lo tapa todo. El agua cae a cántaros sobre el pavimento de la calle y sobre la arenilla de la carretera que se marcha en río de barro por las alcantarillas y por los canales que el agua se improvisa. Los caños del Hospital escupen con tensión sostenida y la poca gente que, por necesidad, anda en la calle calza almadreñas y viste impermeable.

No hace frío, pero sí una humedad que se mete en los huesos con ansias locas de reumatismo. Las trincheras deben estar inundadas y los pobres soldados entumecidos y arrugados. Habrán hecho lumbre y calentarán junto a la hoguera sus ropas mojadas y sus cuerpos calados de humedad.

Nosotros que en el Hospital, aunque expuesto a todas las contingencias de la guerra por hallarnos en el propio frente, estamos bajo techo, dormimos en mullido colchón y comemos en cómoda mesa, tenemos para estos buenos muchachos, sufridos y valientes, un recuerdo apenado y admirativo en este día tan desapacible.

Y pensamos: ¿Qué hubiera sido de España sin el sacrificio abnegado de estos hombres sometidos

a toda clase de privaciones y tormentos? ¿Qué hubiera sido de todos sin esta santa reacción que goza con el martirio y se esfuerza en traspasar los límites de la heroicidad?

¡Meditad en esto, gentes de retaguardia, burgueses de la carne y del espíritu, que correis sobre vuestra conciencia un paño tan tupido como el de este día de niebla para que en ella no se pinten los cuadros que, de cerca, tampoco habéis querido contemplar y menos compartir!

¡Pensad que alguna vez brillará la paz sobre nuestro horizonte, como un sol de gloria tras un día de intensa lluvia, y que, entonces, será llegado el momento de aquilatar todas las actitudes y todos los comportamientos!

"Obsequio" de sobremesa

Todas las noches, después de la cena, los "rojos" nos obsequian con unos cuantos "pildorazos" según llamamos, en el argot guerrero, a los "regalos" que nos lanza el cañón enemigo.

Es matemático; a las diez nos sentamos a la mesa, a las diez y media hemos terminado la cena y, a esa hora, empezamos a escuchar los silbidos de las granadas que pasan sobre nuestro Hospital y las explosiones más o menos cercanas, por fortuna hasta ahora ninguna tan próxima que no nos deje contarlo, que hacen estos "juguetes" al tocar en la tierra. Ya estamos curados de espanto; y aunque el espectáculo nunca es agradable, seguimos en la tertulia, junto a la radio o jugando al poker, con la misma tranquilidad de quien escucha unos "voladores" en noche de fiesta. ¡La costumbre!

Y sin embargo, ¡cuanto peligro nos amenaza! En estos bombardeos nocturnos de los milicianos al pueblo de Grado, hemos tenido que lamentar muchas desgracias; aparte los destrozos que en el pueblo ocasionan, son ya varias las víctimas que han producido.

Hace unas semanas entró en el Hospital un muchacho con la cabeza destrozada; se encontraba dentro de un Establecimiento y una granada traspasando la puerta explotó en la habitación donde

el desgraciado estaba de tertulia. Herida también por este procedimiento, hemos tenido que intervenir a una muchacha con una lesión en la espalda donde se le había incrustado un trozo de metralla. Y hace dos noches nos llegó una pobre anciana completamente deshecha; se hallaba durmiendo y el proyectil penetró por una ventana explotándole sobre la propia cama; entró con los brazos fracturados, con dos heridas perforantes en el pecho y otra en el vientre con salida de la masa intestinal. Se le intervino rápidamente pero no fué posible su salvación.

Estos son los objetivos que buscan y a veces logran los "hijos de la Pasionaria"; hacer blanco en carne inocente sin otro móvil que saciar su sed de sangre y su anhelo de exterminio, pése a la pomposa frase que pronuncian y escarnecen: "Lucha por la fraternidad universal".

Esta noche el bombardeo ha sido más intenso; las Hermanas de la Caridad, que duermen en el piso alto de esta casa, se han levantado y han venido a nuestro comedor que se les antoja lugar más resguardado; y mientras el *cañón retumba*, hacemos la tertulia, en corro, como en las veladas patriarcales.

El cañoneo ha ido retardándose poco a poco y al retornar el silencio, sentimos la voz de un centinela que grita: "¡Alto! ¿Quién vive? Nadie responde; y como la calma continúa, acordamos retirarnos a descansar por si mañana, con ese interrogante que es siempre la guerra, nos trajera algún acontecimiento extraordinario.

María Victoria, Cleo y María Teresa

Tres agradabilísimas muchachas que en Grado nos alegran, en algunas ocasiones, las horas libres de trabajo.

María Victoria Pinatteli, enfermera honoraria de nuestro Hospital, es una señorita distinguida de la mejor sociedad madrileña que se ha impuesto la obligación de atender y cuidar a los enfermos y heridos de la guerra. Lleva en Grado algunos meses y está encargada de lo concerniente al Quirófano; hace las compresas, corta la gasa, lava y plancha las vendas, exteriliza el material y ayuda en las operaciones. Culta e inteligente, ejecuta su cometido con una pulcritud y una abnegación admirables. ¡Cuantas privaciones para esta chica acostumbrada al más espléndido porte! Con María Victoria charlamos y charlamos sin cansancio; ella sabe del mundo, ha gustado la amargura de los desengaños y ha sentido la tragedia de la guerra sobre el propio escenario de su espíritu; su hermano preso; su padre, el General Pinatteli, asesinado por los "rojos". Es toda ella agradable, su figura, su cara, su conversación; sabe arrancar a la amargura sonrisas de disimulo y al decaimiento espiritual poner férulas de saludable optimismo.

Cleo, abreviación de un nombre que no se siquiera cual es pues siempre la he oído llamar y la he llamado Cleo, es natural de Grado, simpatiquísima; de tipo bajo y delgado, tiene una cara extraña de hebrea de pelo rubio; es buena hasta el extremo y habladora y lista hasta el deleite.

María Teresa "el guayabo del pueblo", es una chiquilla con formas perfectas de mujer bella. No sabe nada de nada, no ha tenido tiempo de saber; ni de amarguras grandes ni de halagos conscientes que dejen huella en el alma; es la vida plena de euforia, repleta de savia pero aún sin sabor determinado.

Estas tres muchachas han salido esta tarde con nosotros a merendar al prado. Vamos el Capitán Cirujano Francisco Ponte y yo; llevamos un gramófono y un amplio paquete con comestibles; márchamos campo adelante olvidándonos un poco de la guerra que es nuestra amiga de todas las horas. Elegido para el descanso un lugar de superficie llana cubierto por robles y castaños, nos sentamos a toda comodidad y vaciamos el paquete de víveres en un trasiego, de paquete a estómago, que nos ha confortado saludablemente. Rueda luego la placa del gramófono y bailamos a dos parejas mientras una de las muchachas, por turno, se encarga de repetir la pieza para hacer más largo el bailable.

María Victoria se empeña en hacer creer a Cleo que yo soy viudo; y Ponte, en demostrar a María Teresa que el es soltero. Claro, que con esa intuición admirable que es privilegio innato en la mujer, ninguna de las dos se traga el embuste. Bailando y charlando permanecemos hasta que el sol nos dá ejemplo de austera puntualidad queriéndose ocultar a su hora justa; y, entonces, un

poco apenados por la rectitud del astro-rey, nos volvemos al Hospital donde nos esperan ineludibles deberes que cumplir.

¡Bondadosas muchachas que habéis perdido tres horas de un domingo espléndido junto a dos hombres de los cuales nada podíais esperar, ni ilusión momentánea y ni esperanza remota; que lo hubiérais pasado alegremente cerca de unos muchachos de vuestra condición y de vuestra edad. Una caridad extrema y un corazón superior os han hecho sacrificaros para darnos un poco de diversidad en la cruda campaña; nuestro sincero afecto cancela vuestra valiosa dádiva!

El mar

No es extraño lo que nos pasa a los que nacimos junta al mar, a los que nos hemos arrullado con su rumor y hemos respirado constantemente su brisa saludable. Para nosotros, el mar es algo tan consustancial con nuestra existencia que si no lo vemos, que si no sentimos, que si no lo aspiramos, se altera nuestro metabolismo y nos hallamos material y espiritualmente incompletos. Tal he podido comprobar ahora, después de tres meses tierra adentro, al volver a encontrarme con "el dulce amigo de mis sueños". He salido de Grado y, al llegar a Luarca, no supe, al pronto, por qué me sentí más ágil, más hombre, con más vida; y haciendo reflexiones sobre este fenómeno, levanté los ojos y contemplé al mar que me estaba diciendo: Soy yo; yo, que soy tu niñez, tu juventud, tu vida. Soy yo que te canté en la cuna, que te hablé de amores ignorados, que impulsé tus afanes, que te dí compañera y te he traído hijos.Y yo caí espiritualmente de rodillas ante el mar inmenso y le respondí: Padre, hermano, compañero, yo mismo porque yo soy tú y tú eres yo; ¿como pude ignorar lo que pasaba por mí ser? ¡Perdóname porque no supe comprenderte!

Ahora llevo unos días junto al mar y rápidamente se han curado mis males espirituales y or-

gánicos. Y veo los barcos y miro los botes con sus velas latinas, blancas y tensas como pañuelos en saludo, y las cañas de pesca y las grúas y la gente de mar; y mi alma se vá a mi tierra y mi tierra llega hasta mi alma en una recordación casi palpable. "Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico".

Mañana volveré otra vez al frente, sentiré de nuevo el rugido del cañón y el silbido de las balas recordándome la destrucción y la muerte; curaré, como siempre, a los heridos de la guerra; pero tendré más resistencia, he cobrado fuerzas; y es que el mar me ha renovado, el mar me ha purificado, el mar se ha metido en mis células y las ha dejado limpias y serenas.

"¡Mar de mi infancia y de mi juventud, mar mío!"

La "odisea" del cura

El Capellán del Hospital fué, y lo era al comenzar el movimiento, cura de Sama de Grado, pueblo que continúa en poder de los marxistas.

El calvario que tuvo que recorrer este sacerdote no es para contado; ahora mismo, cuando nos lo refiere, pasados algunos meses, la angustia se pinta en su semblante.

Le enteró la radio de que la España digna se había puesto en pié; pensó que la situación se despejaría en cuatro o cinco días y esperó confiado, en su casa, a que todo volviera a su orden obtenido el triunfo de nuestra honrada cáusa. Pasaron esos días y en su pueblo comenzaron a verse grupos de milicianos armados; le anunciaron que habían acordado encarcelarle y se marchó de su casa refugiándose en la de un buen amigo situada en las afueras del pueblo. Allí permaneció una semana, entumecido y desesperado, metido en un desván, entre ropas y muebles y oyendo que los milicianos venían todos los días por leche y comida. Como se enterara de que ya habían descubierto su paradero y que vendrían por él al día siguiente, se ausentó por la noche de aquella vivienda y se refugió en otra donde se puso enfermo; desesperado, se metió en la cama y aguardó así su última hora. Estando postrado entró un miliciano con una guardia

armada a buscar una radio que se hallaba colocada en la habitación inmediata. "Sentí los pasos—nos dice—y me tapé la cara no queriendo mirar la muerte frente a frente. Por un milagro providencial, estos hombres o no me vieron o no quisieron verme; entraron y salieron varias veces marchándose al fin con el aparato. Salí de este escondite y, campo adelante, atravesando bosques, me metí en una pocilga donde estuve dos días haciendo vida común con los cerdos".

De allí salió y se refugió en la parte alta de un pajar, metido entre hierba, mientras en el piso inferior entraban y salían hombres del campo al parecer afectos a la cáusa comunista. Un amigo suyo, hombre de derechas, perseguido también y que sabía de sus andanzas, fué a buscarle y le dijo: "Señor cura, las tropas de España han libertado ya el pueblo de Grado ¿está Vd. dispuesto a exponer su vida de una vez intentando llegar hasta la zona liberada?"

El sacerdote contestó afirmativamente y ambos salieron monte arriba y, pasando laderas y barrancos, caminando sin cesar por los lugares más escarpados para huir del encuentro con la guardia "roja" llegaron a Grado después de doce horas de terrible marcha forzada.

"Y la angustia pasada—nos dice el capellán—se empalidece, hasta borrarse, cuando la comparamos con la satisfacción de vernos libres y en el seno del Ejército Salvador. El momento es indescriptible; corrimos, saltamos, cantamos y, aunque modestamente, hasta bebimos lo poco que se podía beber con tres pesetas que llevaba yo en el bolsillo.

El instinto perverso de los milicianos—sigue diciéndonos el cura—es terrible; conozco el caso de un compañero a quien, descubierto por ellos que

era sacerdote, le metieron dos mujeres en la cama cuando dormía, mientras los c'nicos, en la habitación contígua, observaban calladamente la actitud adoptada por el Ministro del Señor".

¡Bajeza de las bajezas, ruindad de las ruindades; hasta a lo más íntimo del espíritu han querido llevar estas fieras el puñal helado de su odio! ¡Y querían así gobernar a España!

Diez días de permiso

Se me han concedido unas vacaciones de diez días; un pequeño descanso en la faena que con gusto y honor realizo poniendo en ella toda mí voluntad y todo mí empeño. Y como "lo prometido es déuda" me encamino a Salamanca, ciudad ya conocida pero no gustada a paladar sosegado.

Salgo de Grado y, después de unas horas de camino, paro en Luarca, población interesante, de especial característica. Luarca está despeñada desde unas colinas que, en forma de herradura, se abren al mar como si lo abrazasen; una cuerda de arena, la playa, une sus extremos y el mar la empuja y la rebasa en juego de infantil sistema. Esta población gasta pretensiones de ciudad importante; hoy, como toda la inmediata retaguardia. está aumentada en su densidad de manera extraordinaria. De todos modos, viniendo del frente, en Luarca se nota la vida de capital afectada y bulliciosa.

Desde Luarca sigo a Lugo, capital que ya conozco por haber pasado en ella dos días cuando venía a incorporarme al Hospital de Grado y en Lugo tomo el tren para la antigua residencia del intelecto castellano.

En Salamanca encuentro ahora un calor sencillamente insoportable; no obstante, lo aguanto tres días empapados el cuerpo en sudor y el es-

píritu en españolismo viejo y nuevo. Vuelvo a recorrerla toda y toda me sigue pareciendo monumental y nuestra; relicario de glorias y afán de retornos mal traspuestos.

En un automóvil particular de los llamados "enlaces", que sirve a la cáusa española manejado por su dueño el vizconde de Garci-grande, persona correctísima y simpática, hago viaje de Salamanca a Burgos. En Burgos descanso un día. Su sereno ambiente me infiltra más aún la seguridad de la victoria; aquí la Junta Técnica del Estado trabaja como si estuviéramos en pleno ambiente de reconstrucción. La Catedral gótica de Burgos es una maravilla del arte.

Retorno a Salamanca; desde esta hago viaje a Valladolid, magnífica antigua población hoy lógicamente modernizada; visito su museo de escultura religiosa donde se vén admirables obras de los más afamados imagineros españoles; y veinticuatro horas después parto para La Coruña.

En La Coruña se me antoja que estoy en Las Palmas o en Cádiz. Mar a la vista, muelle pegado a mí, barcos y gente marinera. Atracado al muelle contemplo al "Plus Ultra" que me trae aires de mi tierra y recuerdos de mi viaje.

Al día siguiente de mi llegada a La Coruña tómo el autobús para Santiago; día siguiente también de la fiesta del Patrón de España. A las diez de la mañana avisto la ciudad gallega de ambiente pleno de romanticismo. En cada encrucijada, en cada calle estrecha, en cada soportal, adivino una escena de amor o un duelo de embozados al aire el brillo de la espada y siempre altiva la pluma del sombrero. Lo veo todo y lo admiro todo. La plaza, al frente la catedral

magnífica con sus cuatro torres perdidas en las nubes, a un lado la fachada del Hospital, al otro la de la Escuela Normal, encajes de piedra mantenidos firmes por la fuerza admirativa de la propia naturaleza, me ha parecido algo único e imponderable.

La vista de la población compostelana desde el paseo de la Alameda, es maravillosa. Resalta la mole de la Basílica con sus agujas horadando el cielo y, apiñadas, como protegiéndola, abrazándola o elevándola, las casas de la misma tonalidad y del mismo viejo estilo, dán al conjunto la impresión de una portentosa decoración imaginaria.

De Santiago vuelvo a La Coruña y desde esta a Grado. ¡Otra vez a la guerra!

"¿Tenéis una baraja?"

Se han dado en ésta guerra casos que parecen fantasía andaluza. Son tan extraños, tan inverosímiles, que no los consignaríamos si no tuviéramos la seguridad de su certeza ya que quienes nos los relatan merecen todo género de garantías en seriedad y justeza.

Sabíamos, y algo hemos dicho en otras crónicas, que los soldados de uno y otro bando se hablan desde las trincheras; que se cambian los periódicos saliendo para ello a terreno neutral los dos emisarios encargados de esta comisión; que se lanzan discursos, metralla espiritual, con propósito de convencerse unos a otros de la nobleza de la doctrina que defienden y que estos discursos son escuchados sin la menor interrupción. Pero el caso que vamos a relatar raya en lo realmente absurdo.

Era una tarde tibia y clara; de esas en que el cuerpo desganado pide reposo y al espíritu, en consonancia con la materia, también anhela tranquilidad; la noche anterior había sido movida y en la mañana se cumplió con el noble deber de enterrar a los muertos.

Desde el parapeto rojo sale una voz potente que dice: Muchachos, vamos a hacer un pacto; la tarde no está para pelear; ¿queréis que nos concedamos una trégua?

—Aceptado; contesta uno de los nuestros; hoy no nos tiraremos; podremos pasear con tranquilidad por fuera de las trincheras.

—Bueno; replica el "rojo"; pues que salga una comisión hasta la mitad del terreno para sellar el acuerdo.

Dos individuos salen de nuestra posición y van al encuentro de otros dos que ya han salido de la trinchera enemiga. Se juntan, se estrechan las manos y, después de un momento de silencio, uno pregunta: ¿Tenéis una baraja?

La baraja sale del bolsillo de un "rojo" y los cuatro soldados se sientan en el suelo y se ponen a jugar a "la siete y media".

A la caída de la tarde, cada pareja se encamina a su respectiva posición; y la tregua del día no será obstáculo para que por la noche se tiren como enemigos irreconciliables.

Fiesta de la Patrona de Sanidad

La víspera de la fiesta de la Virgen del Perpétuo Socorro, patrona de la Sanidad Militar, el Comandante Jefe de las fuerzas de este Cuerpo en Asturias me llamó a su despacho y me dijo: "Designe Vd. los médicos que han de quedar mañana de servicio en el Hospital y disponga que los demás asistan a la misa de campaña, que se dirá en el monte junto al Cuartel de nuestras tropas, y a la fiesta y refresco que para la terminación de aquella se han organizado.

—Si Vd. me lo permite, mi Comandante,—le respondí,—quién se quedará aquí seré yo con el médico a quien le toque el turno de la guardia, ya que más que mi asistencia a la fiesta habrá de complacerme que vayan y se diviertan estos muchachos que trabajan conmigo en las crudas faenas de la guerra con un desprendimiento y una voluntad admirables.

—"Como Vd. quiera"; añadió el comprensivo Jefe.

Y en efecto; a la mañana siguiente todos los médicos marcharon a la posición donde se halla establecido el Cuartel de Sanidad y yo me quedé en el Hospital con el Alférez Leiro que estaba de turno este día.

Y como me sospechaba la forma en que habían de volver del jolgorio estos chicos, que llevan al-

gunos meses en el frente sin un rato de espansión juvenil, mi primera disposición fué el ordenar en la portería que, a medida que fuesen llegando, se les hiciera pasar al dormitorio.

No me quivoqué en mis sospechas; Monterroso, muchacho fuerte y noblote, llegó cantando himnos patrióticos y dando vivas y abrazando a todo el que se tropezaba. Pelayo, "el pequeño de la casa", entró haciendo recetas para el alcoholismo pues, según decía, solo él era "superviviente" de la fiesta. Ron Vila, muy fino y pulcro, se metió en la cama abrazado al orinal con objeto de no manchar las sábanas caso de vomitar; en esta actitud, se durmió como una marmota. Y así algunos otros a excepción de Mendiola y Carlos Fernández que llegaron cuerdamente.

Yo gocé doblemente ese día: primero, por saber que ellos lo estaban pasando bien; y después, porque me hicieron reir mucho a su llegada.

Dos o tres horas más tarde mi gente se levantaba nueva y dispuesta a trabajar con los bríos de siempre.

—"Como conoce Vd. el paño, mi Capitán, me dijo Monterroso; no quiso ir a la fiesta por no cargar con los "curdas"; y luego, para que no le diésemos la "lata", ordenó que fuésemos pasando al dormitorio".

—¡Ah, amigo mío! Es que "yo fuí cocinero antes que fraile".

Ataque de los "rojos" a "Cuero" y "Trasperana"

El día primero de Agosto, de celebración marxista", han querido los "rojos" de éste frente marcarlo con un punto, negro para ellos, en los jalones de este para nosotros, segundo año triunfal.

La mañana és espléndida; un sol de Dios brillante y tíbio fecunda la tierra filtrando sus saetas de oro por la exuberante arboleda asturiana; las manzanas, casi en sazón, toman el color de semblante humano y las montañas lucen su perfil limpio perfectamente destacado. Líneas de tono pardo cruzan estos montículos en todas direcciones; parecen surcos del arado padre de la cosecha próxima y son heridas labradas en el cuerpo de España; para glorificarla, unas; para escarnecerla, otras. Frente a frente trincheras nuestras y trincheras enemigas se distinguen de manera admirable. Sobre las diez comienza la preparación artillera; los artefactos de guerra "rojos" vomitan sobre nosotros todo el veneno que encierra el espíritu corrompido de sus servidores; granadas del 7.5, enorme retumbo del cañón del 15.5. Nuestra artillería contesta, sóbria, austera y eficaz, al reto temerario de los bolcheviques y los montes recojen el eco de tanto ruido infernal que se trasmite de cordillera a cordillera hacién-

donos experimentar la sensación auténtica de un cuadro dantesco. Una hora después, sobre nuestras cabezas suena el ruido de motores aéreos, pájaros de color gris como "la mala sombra"; veintidos aviones "rojos" contribuyen al supuesto éxito de un combate realizado con las mayores promesas de victoria.

Serán aproximadamente las dos de la tarde cuando entran en fuego las ametralladoras y la fusilería; fuego graneado y tableteo rápido nos indican que la infantería se ha decidido a dar el pecho; por espacio de un par de horas sigue esta profusión de sonidos bélicos. Cesa luego la acción de los mecanismos pequeños y el cañón continúa su furiosa indignación contra nosotros. Nos llegan noticias de que el fracaso de los "rojos" ha sido enorme; pero, aún no sabemos, en concreto, como ha terminado la batalla.

Va cayendo la tarde y los pájaros grises, después de arrojarnos varias bombas, parten presurosos hacia su guarida salvaje. Sigue el retumbo del terremoto metálico. A las diez de la noche, otro intento de la infantería marxista es nuevamente contenido a los pocos minutos y, entonces..., un silencio rápido pone paz y sosiego sobre los árboles, sobre los montes, en el espíritu.

Resumen: Ataque a nuestras posiciones de "Cuero" y "Trasperana" por cinco batallones de milicianos, tres tanques, veintidós aviones y profusión de artillería y material guerrero. "Cuero" y "Trasperana" permanecen en nuestro poder para gloria de España y de los bravos que guarnecen estas alturas; en nuestras filas, sesenta bajas, casi todas heridos leves, doy fé por dirigir el Hospital de Sangre; y por parte de los marxistas, doscientos muertos contados en nuestras alam-

bradas y más de un millar de bajas entre estos y los heridos.

.....El sol de Dios brillante y tibio ha vuelto a fecundar la tierra esta mañana filtrando sus saetas de oro por la exuberante arboleda asturiana; hoy, acariciando más amorosamente la noble frente de España y los cuerpos y el espíritu de los heróicos hijos que tan valientemente luchan por la Patria.

Después del combate

Han pasado dos días del intento de los "rojos" sobre las posiciones de "Cuero" y "Trasperana". La tranquilidad reina en estos campos cuajados de verdura. Es la misma quietud que hemos tenido durante veinte jornadas después de la ocupación de Bilbao por nuestro glorioso Ejército. Veinte días sin sonar un cañoneo serio; solo algún "paco" aislado, un ligero crepitar de ametralladoras o un absurdo cañonazo, nos hacían recordar, de cuando en cuando, que estábamos en el frente. Llevamos dos jornadas en la misma forma. La toma de Bilbao pareció acabar de desmoronrar el espíritu de los marxistas que, al intentar, hace cuarenta y ocho horas, reponerlo con un golpe certero a nuestros parapetos, ha vuelto a quedar hecho añicos.

Claro es que ya no existen por estos contornos "rojos" de "profesión"; los batallones que combatían por un "ideal", llamémoslo de alguna manera, han desaparecido en los primeros tiempos de la guerra y en el famoso "cinturón de hierro". Ahora, sólo quedan pobres muchachos imberbes llamados a filas adelantando las quintas y hombres maduros de reemplazos anteriores a quienes se obliga, bayoneta a la espalda y ametralladoras a retaguardia, a luchar por una causa que no solo no sienten sino que abominan por profesar

tendencia opuesta a aquella que les fuerzan a defender. Prueba de cuanto decimos es el constante chorreo de milicianos que diariamente se vierte sobre nuestro campo.

Aprovechando el combate del día 1.º se han pasado a las filas nacionales muchos "rojos" que confiesan el decaimiento moral de las huestes marxistas. "Si de esta batalla no sacamos fruto, decían los dirigentes el día anterior, vale más que lo demos todo por perdido y nos retiremos del campo". Y no sacaron nada, ni sacarán; es decir, sacaron un millar de bajas y un espíritu roto, más roto que el que ya traían.

Para que se juzgue sobre la poca confianza que tienen los dirigentes marxistas en los hombres que ahora se hallan en sus trincheras, consignemos aquí que, hace unos días, relevaron de una de las posiciones a quinientos milicianos por haberles llegado el soplo de que, de un momento a otro, se iban a pasar a nuestras filas.

Semanas pasadas un miliciano "rojo" decía a uno de nuestros soldados, hablándose de parapeto a parapeto: "Nosotros sabemos que no ganamos la guerra; pero tenemos la consigna de resistir en espera de que la "Sociedad de las Naciones" proponga un "arreglito".

¡Agonía del marxismo español; agonía, si se quiere, lenta; pero, agonía al fin; y ya sabemos que, estas agonías lentas, terminan siempre cuando menos se espera!

Una orden laudatoria

Hoy, he recibido de la Jefatura de Sanidad de Asturias la siguiente orden que, en medio de un absoluto silencio, he leído a todos.

ARTICULO UNICO

El Excelentísimo señor Jefe de las fuerzas de Operaciones en Asturias, en escrito del día de ayer me dice lo siguiente: "La precisión de los servicios prestados y el elevado espíritu de esas fuerzas de su mando, puestos bién de manifiesto en la brillante actuación de las unidades que tomaron parte en la jornada de ayer, serían ya suficientes para acreditar en ellas las altas virtudes de que ha dado siempre prueba el Cuerpo de Sanidad Militar, si no hubieran en tantas ocasiones, de modo constante desde el comienzo de la campaña, dado muestras de valor, competencia y sacrificio que culminaron en los ataques de Febrero en que, aquellas cualidades, se mostraron en muy alto grado. Hago por tanto presente a Vd., cumpliendo el más grato deber de Justicia, mi felicitación entusiasta y sincera que deseo haga llegar a todos ya que a todos también alcanza el éxito. Dios guarde a Vd. muchos años. Grado dos de Agosto de 1937. El General, Pablo Martín Alonso. Señor Jefe de los Servicios de Sanidad Militar".

Con el mayor orgullo y la máxima satisfacción trasmito a todos el anterior escrito de nuestro General en el que tenemos la mejor recompensa. Gracias a todos; oficiales, sub-oficiales, sanitarios, enfermeras, cada uno en su puesto, han contribuido al éxito; debo hacer mención especial de nuestras veteranas Secciones de Montaña y de las Secciones de Camilleros ultimamente incorporadas; aquellas, en las duras jornadas de Febrero, han sabido colocar en lo más alto el pabellón de Sanidad Militar y estas, el pasado día primero, en que recibieron su bautismo de fuego, han demostrado ser dignas compañeras de aquellas.

No dudo que todos continuaréis, como hasta aquí, aportando el máximo esfuerzo en pró de una España grande siguiendo el camino que nos han trazado los que llevando en su uniforme la Cruz de Malta han caído en el campo del honor ofrendando sus vidas a la Patria. ¡Viva España! El Jefe de Sanidad Militar, Antonio López Cotarelo.

Y al terminar yo la lectura sonó, en el ambiente tembloroso de emoción de esta casa, una sola voz colectiva: ¡Viva España! ¡Viva el Caudillo español!

Día de "Las Nieves"

5 DE AGOSTO

Hoy es día de "Las Nieves", fiesta de la Virgen de mi extraordinaria devoción. La fiesta de "Las Nieves" se celebra en un rincón apartado de la Gran Canaria, en el puerto bellísimo de "Las Nieves" de Agaete. Allí, entre montañas bañadas por un mar apacible, azul claro como el cielo que cobija a las Islas, rodeada de extensiones de platanares y de rocas volcánicas y peñas marineras, se alza blanca, limpia y esbelta, la sencilla Ermita que guarda la maravillosa tabla flamenca de mi Virgen. Una tradición popular, intensamente emotiva, hace coincidir el hallazgo de aquella tabla con las negruras de una tempestad en el mar quietísimo de "Las Nieves"; unos pescadores, náufragos de su pobre barquilla, llegaron guiados por una extraña luz a las plácidas arenas de un pequeño sector de aquélla playa y allí, en una cueva, encontraron el milagroso tesoro cesando desde aquel momento y rápidamente el tiempo borrascoso.

El origen de aquella tabla venerada es hartamente conocido por investigaciones hechas en archivos religiosos; mas, no lo quitemos a esta devoción su sabor popular, ingénuo y emocional, que el mar sereno se complace en él, los montes

lo aceptan conmovidos, las peñas marineras y las rocas volcánicas y la verdura de los platanares lo pregonan y el espíritu lo siente y lo necesita.

Hoy es día de esta Virgen; y aquí, en el frente de la guerra, donde los recuerdos se tornan carne viva, han desfilado por mí mente todos los que me trae esta fecha amadísima. De niño, la deseába de año a año como la más grande de mis delicias; música, gigantes y cabezudos, retretas con farolas de múltiples colores, bengalas de intenso resplandor, banderas, carrozas, profusión de espectáculos maravillosamente dirigidos y confeccionados por un fervoroso amante de la Virgen y de su pueblo, de triste terminación fatalmente acelerada: Juan de Armas Merino. De mayor, casi la misma ilusión por esta fiesta en la que ya intervenía directamente por tradición familiar y por cariño a la Virgen y al pueblo. La plaza pueblerina, los fuegos artificiales, los primeros destellos del amor y las primeras palabras dulces de la mujer amada. La Virgen, invocada por mi madre a la hora del Rosario, a la hora que nos empezaba a invadir el sueño, en los momentos de enfermedad y angustia, en los ratos alegres de terminación del curso y del disfrute de las vacaciones. Más tarde la transmisión de esta sacrosanta devoción a mis hijos, el mismo fervor en el nuevo hogar formado; y hoy, su recuerdo y su emoción en el campo de batalla.

En la capilla de este Hospital se ha dicho una misa a la Virgen de "Las Nieves". La he oído de rodillas; con más fervor que nunca. En el altar se colocó un cuadro de mi Virgen, fotografía de la auténtica tabla que la representa, que yo traje de mi pueblo, que mi padre me encuadernó y que conservo siempre sobre mi mesa de noche. Y

mientras el sacerdote oficiaba pleno de unción sagrada, yo he pedido reverentemente:

¡Virgen de "Las Nieves", Señora de nuestra devoción y de nuestro cariño, Soberana de nuestro mar, de nuestros montes y de nuestro pueblo, Recuerdo de nuestra vida y Esperanza de nuestro porvenir, salva a España, dále la gloriosa victoria y haz que pronto, allá en nuestras peñas, disfrutemos, junto a los nuestros, la paz que anhelamos y la grandeza que para nuestra Nación hoy te pedimos!

El retumbo del cañón y el crepitar de las ametralladoras nos envuelven de nuevo. Estamos preparados para todo ya que, sin presunción de heroismo, sabemos hacer compatibles el sentimentalismo con la hombría, el calor fervoroso del recuerdo con el cumplimiento austero del deber para con la Patria.

Pasa un convoy

Ruido enorme de motores con el escape abierto y voces y cantos a pulmón ancho, ponen en el espacio un eco de auténtica alegría. Uno, dos, cuatro, hasta veinte camiones, pasan llenos de muchachos risueños. Banderas tremoladas lucen los vivos colores nacionales acariciados por un sol también alegre y vivificador. Son los soldados que vienen a hacer el relevo; se encaminan a las trincheras en donde otros compañeros aguardan tranquilos el momento del descanso alejados de la posición que han guarnecido durante dos meses. Unos corren con entusiasmo a cumplir la misión sagrada de mantener el prestigio y la dignidad de la Patria; otros vendrán tranquilos, satisfechos por el deber cumplido.

¡Viva España! ¡Viva el Generalísimo Franco! ¡Arriba España! "Cara al sol con la camisa nueva..."

La gente que sale al paso del convoy corea los himnos de Falange y Requetés; una gaita asturiana deja en el aire su nota de trinos románticos y una canción de Pravia alza su melodía pastoril en medio del ambiente guerrero: "Por debajo del puente no pasa nadie, sino polvo y arena que lleva el aire".

Para el convoy. Un soldado, de pié sobre el camión que lo conduce, hace oir su voz amplia y so-

nora: "Muchachos, vamos a las trincheras; vamos a sufrir privaciones y a exponer la vida; pero no será hijo bién nacido de esta España grande por heróica y por mártir, quien no sienta la satisfacción de contribuir a su definitiva liberación y a su perenne gloria; si caemos en la lucha, Dios nos acojerá en su Santo Seno; si logramos salir con vida de esta contienda salvadora, sentiremos el orgullo de ser españoles dignos de este nombre".

Una salva de aplausos apaga las últimas vibraciones de la voz del soldado y nuevamente los vítores y los himnos llenan este sector.

El convoy ha proseguido su marcha; se van perdiendo el ruido de los motores con el escape abierto y el eco de las voces y los cánticos plenos de auténtica alegría; ya no se divisan las banderas con los vivos colores nacionales acariciados por un sol también alegre y vivificador; y al hacerse totalmente el silencio, quedan flotando en el ambiente la emoción y el ejemplo extraordinarios de estos valientes que van al encuentro de la muerte sintiendo el placer de dar sus vidas por la Patria.

Una satisfacción

"Sol de Domingo". Hoy es un día claro, despejado, limpísimo; día que convida a vivir sin amarguras, sin recelos, sin ruindad, sin disputas. Día nacido para la paz. El aire es fresco y el sol se mete por las ventanas del Hospital dorando las salas limpias y poniendo sobre las albas sábanas bordados movedizos. Las Hermanas han colocado flores en las galerías y el Establecimiento, siempre pulcro, produce hoy la sensación de un mayor esmero; y no es más que el ambiente optimista de este día diáfano.

A la hora de la misa el General comunica que vendrá a oirla; seguidamente llega en su automóvil. Le recibimos y saludamos con cortesía militar y afectuosa; es hombre joven y agradable; soldado distinguido en Africa, don Pablo Martín Alonso, ha obtenido varios ascensos por méritos de guerra; fué sañudamente perseguido y al fin confinado durante el primer bienio republicano; y, hace tiempo, después de contribuir preeminentemente a la liberación de Oviedo, se halla al frente de las tropas que operan en Asturias. Como no voy a hacer su biografía, merecedora de un extenso capítulo, pongo aquí punto y continúo mi propósito.

Una vez terminado el acto religioso, el General visita el Hospital con detenimiento; las salas,

el Departamento de oficiales, el de médicos, el de las Hermanas, el Quirófano. Le voy indicando las pequeñas reformas que durante mi estancia aquí se han realizado; vé la carretera modificada y la nueva construída para facilitar el paso a las ambulancias, el depósito para ropas no desinfectadas etc. etc. Su semblante denota satisfacción; y al despedirse, en la puerta del Establecimiento, me dice sonriente: "Esto está muy bién; noto que ha progresado y debe ser para Vd. motivo de complacencia; cuente con mi ayuda para cuanto redunde en perfección de tan importante servicio". Le doy las gracias con respeto y, estrechándole la mano que amistosamente me tiende, espero su marcha y me vuelvo satisfecho al interior de mi Hospital.

¿Satisfecho de qué? ¿Del halago que en mis oídos pudieron producir aquellas palabras salidas de labios de un hombre de la guerra que conoce perfectamente, por la guerra misma, la significación práctica de un Hospital en buenas condiciones? ¿Satisfecho por vanagloria de Director o por la más alta consideración en que me pudieran tener los que escucharon aquellas frases? No. Satisfacción sentí por el deber cumplido; íntima satisfacción porque aquello decía a mi alma que no era baldío mi sacrificio, lo poco que yo hacía por España, poco para lo que España se merece; el alejamiento de mi hogar, la separación de mis seres queridos, la exposición de mi propia vida. Y al pensar y al sentir esto, bendigo la hora en que mi Patria me llamó y yo acudí honrado a su llamamiento.

Murió el viejo enfermero

Hoy es tal la intensidad del tiroteo que los enfermeros, que a excepción de los que están de servicio nocturno se ván siempre a dormir a sus casas, han pedido permiso para pernoctar en el Hospital. Esta tarde no se puede salir a la calle sin grave exposición a quedar en medio del arroyo víctima de la furia "roja". Hay entre los servidores del Hospital un viejecito, que debe tener setenta años; bajo de estatura, regordete y sonriente, parece el abuelo feliz de todos los que en este Establecimiento pasamos la mayoría de las horas que estamos viviendo. El abuelo es valiente, españolista y tiene fé ciega en la próxima y victoriosa terminación de la contienda; odia a los "rojos" cáusa, dice, de todos los males que estamos sufriendo entre los cuales cuenta uno para él muy importante, el haberle separado de su tierruca y de la choza en que pasó sus años mozos.

—No salga hoy abuelito—le dice la Superiora del Hospital al verle dispuesto a marchar a su casa; una casa que ha alquilado en el pueblo para vivir de su trabajo en compañía de su mujer y de una hija.

Y el viejo con palabra fuerte, con entereza varonil y arrogancia de jóven despreocupado, le contesta:

—Yo no tengo miedo; no me ocurrió nunca nada y me he encontrado en trances de mayor peligro.

No han pasado cinco minutos de este diálogo cuando divisamos dos aviones que surcan el espacio, sueltan unas bombas sobre el pueblo y siguen en dirección al cubil, de la fiera "roja". Las explosiones intensas y las columnas de polvo y humo que levantan, indican que los artefactos han conseguido su labor destructiva.

Poco después nos traen esta noticia: "El abuelo ha sido destrozado por una bomba de aviación".

¡Viejecito que trabajaste en el Hospital y que el Hospital pudo ser tu salvación en este día; tu confianza, tu entereza, tu valor un tanto temerario, te llevaron a la muerte, descanso eterno, cuando buscabas el descanso temporal al lado de los tuyos. Tu eres también un mártir de la guerra; no podías cojer el fusil, pero dejabas tus postreras fuerzas en bién de los enfermos y heridos! ¡Duerme en paz y que Dios haya recogido tu alma en su santa gloria!

Las fresas

Por las tardes, cuando en el sector no advertimos movimiento ni sabemos de posiciones atacadas, solemos encaminarnos a una finca próxima donde hay unas huertas de fresas que refrescan y aromatizan nuestro paladar. Viven en la finca dos labriegos, matrimonio bueno y sencillo, con una hija enferma del pecho. A esta criatura, digna en bondad de sus mayores, la tenemos en reposo y le hemos prescrito un tratamiento adecuado. El padre trabaja, de sol a sol, en la siega, en remover la tierra o en la faena del comedurio de las reses. La mujer ordeña y vá al pueblo a vender la leche y las verduras. La hija nada puede hacer y lo lamenta suspirando. Y es maravilloso ver a esta gente entretenida en sus quehaceres sin preocuparse en lo más mínimo de los cañonazos y los tiros.

"Cuando esto era "rojo"—nos dice el labriego como si hablase del siglo pasado—la finca estaba destrozada; no se limitaban los milicianos a comer sino que lo deshacían todo".

¡Y que dolor para este buen hombre ver su propiedad casi destruída; la hacienda modesta que él había logrado a fuerza de trabajo y de sacrificio; porque esta finca fué de los señores de Agüera y él, que nació en élla, la compró a sus

amos pagándola a plazos con verdadero espíritu de ahorro y recto cumplimiento!

"Por aquí pasaron los soldados gallegos—manifiesta señalándonos una loma muy pendiente cubierta de robles gigantes. ¡Y como corrían los milicianos cuando se dieron cuenta!"

La mujer se acerca a nosotros con un gran vaso de leche espesa y blànca como pomo de nieve y una cestita de junco llena de fresas vivas y rosadas como labios de prado sin anilinas postizas y amargas.

Saboreamos a placer este manjar exquisito y le decimos con afecto: Dios se lo pague.

¡Admirable vida la de esta gente sencilla compenetrada con la naturaleza! ¡Espléndida paz la de estos campos verdes donde la armonía es un perenne ejemplo a imitar! ¡Sereno reposo del espíritu solo perturbado un momento por la furiosa oleada pasajera de las hordas moscovitas!

Porque ahora la tranquilidad ha vuelto a las personas y a las cosas no obstante el tiroteo y la proximidad de los "rojos", a medio kilómetro de este lugar. desde donde les vemos salir y entrar en sus trincheras.

Y es que basta el contacto con nuestros soldados para considerarnos, con razón, absolutamente garantizados.

Seguimos un rato tendidos sobre la fresca hierba: y, como la tarde cae rápida, atropellada por la noche que le exije su turno, nos despedimos de aquella buena gente y le gritamos a la enferma que se halla dentro, en la alcoba, con las ventanas de par en par abiertas: ¡Adios Carmiña!

—"¡Hasta otro día Capitán!"

No creo en la valentía de los "rojos"

Se habla mucho del valor de los mineros asturianos; se habla tanto, que ellos mismos han llegado casi a creer en su invencibilidad; cosa que, a mi entender, no pasa de ser uno de los varios mitos que sobre ciertos detalles de esta guerra se han creado. El minero asturiano es, indudablemente, muy experto en el manejo de la dinamita y hábil en lo tocante a los trabajos subterráneos; más, esta especialidad profesional no debe confundirse con la valentía que es el arrojo impetuoso de un individuo o de una colectividad que desprecia su vida por defender la causa que siente intensamente. Y este arrojo, este desprecio de su propia existencia, no lo ha tenido el minero asturiano. Si lo hubiera poseído y puesto en práctica, habría sido poco menos que imposible la ruptura del cerco de Oviedo y por tanto la liberación de esta Capital. Yo he visto, yo he andado el trayecto que tuvo que recorrer la columna que salió de Galicia para rescatar los pueblos asturianos y mi asombro no ha tenido límites al observar tantos desfiladeros, tantas vertientes, tantas cumbres, tantos barrancos, tantos puentes; terreno y accidentes propicios para ser defendidos por un puñado de valientes hasta el punto de convertirlos

en fortaleza inexpugnable. Y todo esto se recorrió, se traspasó y se tomó por una pequeña columna compuesta de unos mil hombres, ¡y estos si que eran valientes!, con armamento y municiones deficientes (llevaban solo un cañón pequeño y descalibrado) pero con un espíritu verdaderamente heróico y con unos mandos rayanos en lo temerario: Teijeiro, Ceano, Martín Alonso Castro López, etc. etc.

El desfiladero de la Espina, situado en la carretera de Luarca a Salas, no debió ser jamás tomado sin gran acúmulo de modernos elementos de guerra; y la tan mencionada columna gallega, ya reducida entonces, coronó aquellas cimas haciendo huir, en desorden, a un enemigo que tanto ha presumido de valeroso.

Sé que entre los milicianos "rojos" ha habido valientes, que ellos han tenido brigadas que se han batido con tesón, que hasta pueden registrar hechos heróicos; pero, es menester echar por tierra ciertos andamiajes construidos sin fundamento. Y yo la valentía de los mineros, contada así en general, la considero una leyenda.

Bartolomé Guerrero

Siento siempre grandes deseos de leer la prensa de Las Palmas. La he recibido cada mes, sobre poco más o menos, gracias a la amabilidad y al recuerdo que para mí tienen los empleados del "Gabinete Literario" que me la envían en sendos paquetes que contienen todos los periódicos de mi tierra. Cuado me llega, devoro rápidamente sus páginas con ansiedad de noticias canarias; este deseo me modera, de momento, la tensión sostenida por la guerra. Casi siempre encuentro algo nuevo; acuerdos de Corporaciones, reformas urbanas, crónicas sociales, actos patrióticos. Hoy, cuando recorro los epígrafes, hallo unas rayas negras que enmarcan una necrológica y leo con asombro: "Bartolomé Guerrero".

Bartolomé Guerrero ha muerto víctima de un accidente de automóvil. ¡Sarcasmo del destino! ¡Absurdo contraste entre la vida y la muerte de este hombre! Bartolomé Guerrero ha debido morir sobre un caballo, manejando una ametralladora, dando órdenes de combate a su legión de jinetes bélicos o disparando su fusil desde el parapeto.

Yo lo recuerdo en los primeros días del movimiento, vestido de paisano, con una gorra de oficial, entrando y saliendo en el Gobierno Militar de Las Palmas, recibiendo órdenes y ejecutando

órdenes. Yo lo retengo, enérgico y brioso, en su marcha por los pueblos del Norte de Gran Canaria a los que, con un puñado de valientes, liberó de la garra marxista. Yo lo veo embarcando para la isla de La Palma que habría de limpiar de "rojos" emboscados. Y siempre erguido, valiente y patriota.

El, que había abandonado su carrera por no poder soportar las vejaciones de que erán víctimas los militares en los últimos tiempos, sintió sobre su corazón la llamada apremiante de su temperamento de soldado español y, después de realizar una labor extraordinaria en la pacificación de mis Islas, vino voluntario a la península donde creyó que el deber le reclamaba. Y aquí también se comportó como un valiente y fué ascendido por méritos de guerra; y, cuando por considerarse un canario, completamente identificado con los canarios, iba a embarcar para aquellas peñas con objeto de salir con las fuerzas que desde allí vendrían a las zonas peninsulares, un fatal, un absurdo accidente de automóvil, nos roba esta vida, este espíritu tenso e inquieto, este hombre con madera de héroe y alma de español escogido.

¡Bartolomé Guerrero, Teniente Coronel valiente y estóico, a tus órdenes. Yo, desde el frente Norte, te sigo viendo en tu caballo, dando órdenes de combate a tu legión de jinetes bélicos. Y te auguro, que en la Historia de esta guerra y en la otra pequeñita de mis Islas, ocuparás un lugar destacado eternamente!

Los moros

Enjuto, moreno, alto, con barba rala, turbante o gorro rojo, faja verde o encarnada, expresión sonriente dejando entrever unos dientes del más puro marfil, he aquí un moro de los que luchan por España. Lleva al cinto un machete, una gumía, un estoque ruso, un sable; ello no importa, lleva lo que ha podido cojer al enemigo; pero, ¡eso sí!, el fusil tiene mucha importancia; el fusil ha de ser el mejor de los que ha visto; esto lo solicita con verdadero afán y, cuando lo tiene, lo acaricia, lo cuida, duerme y come con el y lo enamora más que a la mujer de su agrado.

Este moro valiente, sóbrio, leal, nos ha ayudado extraordinariamente en esta guerra terrible que sostenemos por la salvación moral y material de la Patria. Es. este moro, el mismo que luchó ayer contra nosotros cuando pensó y creyó en nuestros deseos de anexión y de conquista; el mismo que comprendió más tarde nuestra misión civilizadora, el propio que conoció a nuestro Generalísimo y se prendó de él como del prototipo de la hombría, de la inteligencia y de la autoridad en sus más altos grados.

Hay en este frente Norte muchos moros; conocí bien a los de la Compañía que manda el simpático y valiente Capitán Trobo; fué esta unidad la

que logró la ocupación de "La Estaca", de cuya acción hemos dado ligera referencia.

"La Estaca" era una posición neutra, situada entre una nuestra y otra del enemigo; desde ella se podía batir la carretera que conduce a Oviedo. Un día observaron nuestros soldados que el enemigo hacía incursiones a aquel lugar y que intentaba cercarlo con alambradas; era pues menester impedirlo haciendo que el montículo pasara a nuestro poder; y aquella noche, los soldados de España lo ocuparon y comenzaron a realizar lo que intentaban hacer los marxistas. Y ya se sabe; a la noche siguiente, contraataque "rojo" intensamente preparado y realizado. Los pocos hombres que guarnecían la nueva posición resistieron, como leones, las embestidas de los bolcheviques y, después de algunas horas en que la tal posición fué alternativamente nuestra y de los "rojos", el Capitán Trobo con sus valientes Regulares ocupó definitivamente para España la loma de "La Estaca".

Cayeron allí algunos marroquíes que en mi Hospital fueron asiduamente atendidos.

¡Moro valiente que luchas por España; que amas al Caudillo y tienes confianza, fé ciega, en sus designios; para tí nuestro agradecimiento y nuestro cordialísimo afecto!

Aún hay veneno

Un oficial que llegó de una de las posiciones que tenemos a la vista, nos ha referido el siguiente suceso: Hace unos días se pasaron a nuestras filas dos muchachos que habían sido reclutados forzosos en la zona "roja". Ambos eran de tendencia nacional; uno, incluso figuraba como Falangista antiguo. ¡Cuantas penalidades para lograr lo que han conseguido! Tenían, desde el primer momento de su movilización, el propósito de evadirse y cada uno buscaba un compañero por esa mayor probabilidad en el éxito o entereza en el acto que nos dá, al parecer, la acción secundada. ¡Pero que difícil encontrar un amigo en estas circunstancias! ¿Como tantearlo? ¿Y si se topa con un "rojo" que delate el propósito? Hablando hoy con uno y mañana con otro, insinuándose ligeramente para no dar lugar a sospechas, llegaron a encontrarse.

Bien proyectado todo, aprovecharon la ocasión de un día lluvioso en que los milicianos se habían metido en los refugios y, pecho adelante, saltaron las alambradas y llegaron calados y jadeantes a nuestro campo.

Cuando se vieron en zona nacional preguntaron a una mujer—llamemos de algún modo a este monstruo—que encontraron al paso:

—¿Hay por aquí algún Oficial de las tropas nacionales?

—No he visto ninguno—les respondió ésta; y añadió: ¿De donde vienen tan estropeados?

—Somos evadidos de la zona "roja" y queremos presentarnos al Ejército español.

—¿Pero saben donde se meten? Vuelvan a sus puestos si no quieren morir descuartizados.

Los muchachos siguieron su camino sin prestar atención a tan venenosas palabras y como se tropezaran con otra mujer, y esta si que merece tal nombre, ella les condujo al lugar donde se hallaba un Capitán de la gloriosa Infantería española.

Después de hecha la investigación reglamentaria, comprobada la conducta patriótica de los dos camaradas y expuesto por ellos lo ocurrido con la primera mujer encontrada, pasaron a formar parte de las heróicas tropas nacionales siendo recibidos en el Cuartel, entre júbilo y abrazos, con esta sobria y emocionada frase: ¡Ya estáis en España!

Ni que decir tenemos que aquel ser infrahumano, nueva serpiente con figura de mujer, que intentó perder a los dos dignos españoles, sufrió el castigo que justamente le correspondía.

¡Aún hay veneno en nuestra tierra!

Visita de aviones "rojos"

Hoy nos han visitado nuevamente estas "aves grises" portadoras de la muerte. Serían las cinco de la tarde, de una tarde alegre y despejada, cuando el estallido de una bomba arrojada junto al pueblo nos robó la tranquilidad. ¿Qué ocurre? *¿Cañonazos?* Y aún *sin tiempo* para apreciar lo sucedido, escuchamos la proximidad escalofriante de motores aéreos. Seis aparatos ligeros cruzan sobre el edificio del Hospital. Llegaron silenciosos, esfumados en la altura y, ya encima de nosotros, esperamos resignados el resultado de su visita trágica.

¡Terrible sensación la que se experimenta cuando se tiene la muerte sobre la cabeza en actitud de descargar su certero golpe! Uno se despide mentalmente de todo, porque todo pasa atropellado en ese momento por la imaginación excitada de quien presiente su última hora...!

Escuchamos el funcionamiento de los cañones antiaéreos y el crepitar de las ametralladoras de los funestos visitantes; luego, cuatro explosiones secas, contundentes, siniestras. ¡Ya pasaron! Las bombas cayeron sobre los montes, dentro de los pinares. De esta vez la suerte nos ha protegido con largueza.

Algo sin embargo nos han dejado estos "pájaros del exterminio"; el mal rato pasado se nos clavó

en el organismo y esta punsión produce su huella inevitable. Es así como se nos van quedando en el frente girones de la existencia; y los que no perezcamos en la contienda, arrastraremos, aunque honrados y satisfechos, por el tiempo que Dios nos quiera dar de vida, el manifiesto desconcierto de lo que fuera, hace poco, nuestro armónico equilibrio.

Soy destinado a Ribadeo

El Comandante Jefe de Sanidad de Asturias, Don Antonio López Cotarelo, uno de los militares que más se han distinguido durante la guerra en este frente, me dice por teléfono: "Tenga sus cosas preparadas para marchar a Ribadeo de un momento a otro". Yo ya tenía conocimiento, por este mismo Jefe, de mi probable nuevo destino. Tardó aún algunos días en llegar mi relevo; y el domingo 15 de Agosto, estando ya en Grado mi sustituto, me dieron el pasaporte y el nombramiento de Director de los Hospitales Militares de Ribadeo.

El General, Martín Alonso, que oyó misa también ese día en la Capilla del Hospital, tuvo nuevamente para mí palabras laudatorias y de cordial despedida; vertió encomios sobre mi modesta labor que yo, francamente, creo no haber merecido, pero que le agradeci porque sé de su sinceridad y de su valía.

A mediodía almorcé invitado por el Comandante Jefe de Sanidad y los Oficiales del "Puesto de Socorro" y, terminado el cariñoso agasajo, volví al Hospital en donde me hice una fotografía con el personal del Establecimiento cuya Dirección llevé hasta dos horas antes.

Después, despedida emocional, cariñosa, sincera, de todos y cada uno de mis compañeros de

lucha, de horas largas y angustiosas y de satisfacciones inolvidables. Ellos, además de su cariño, quisieron donarme un recuerdo material y me entregaron un magnífico retrato del Caudillo al dorso del cual, debajo de una dedicatoria que me enorgullece, estamparon sus firmas.

Las Hermanas de la Caridad bajaron hasta el mismo portal del Hospital; y los Médicos, mis queridos hermanos de profesión, de fatiga y de honor, no quisieron dejarme hasta llegar al coche que me trasladaría a mi nuevo destino. Les abracé con ternura y deseé, esta es la verdad, que el vehiculo arrancara por ver de calmar la impresión sentimental que me torturaba.

En Grado quedó algo de mi vida. Entre aquellos muchachos dejé, para siempre, mucho de mi alma.

En Ribadeo

Hace algunos días que estoy en este pueblo gallego en el que se disfruta de una paz serena y permanente. Me he hecho cargo de la Dirección de los Hospitales Militares que radican en este lugar y que pudiéramos decir que constituyen solo uno, dividido en dos establecimientos. El principal es de nueva creación; lo terminé de organizar y ya está en funciones. Se halla instalado en un magnífico edificio que tiene un jardín amplio y hermoso. El otro es el antiguo Hospital Civil hoy convertido en Militar por exigencias de la guerra y que aumenta la cavida del anterior cuando la necesidad así lo demanda.

A unos cinco kilómetros de aquí existe otro benéfico albergue para heridos de la guerra. Funciona en una soberbia casa que formó parte de una "Granja Agrícola", la Granja denominada "Pedro Murias" por ser obra filantrópica de este benemérito hijo de Ribadeo. Dirige este tercer Hospital un Capitán Médico de la Armada, Alberto Pelegrín, buen Cirujano, hombre culto y excelente amigo.

En mis hospitales trabajan conmigo, Víctor Mendiola, ya conocido de mis lectores y cada día más entrenado en las lides militares y Francisco Lamas, joven médico de este pueblo.

Ribadeo es un paraje delicioso y pintoresco. Se

le llama, con razón, "la pequeña Suiza española". Una ría mansa lo bordea y en la orilla opuesta dos pueblecitos le miran frente a frente; Figueras, tendido perezosamente en la pendiente suave de un pinar espeso y Castropol, cimentado sobre un pequeño promontorio o cabo rocoso, con pretensiones estéticas de Castillo feudal orgulloso y esbelto.

La ría es un lago extenso, maravillosamente plateado, cuyas aguas surcan pequeñas embarcaciones; lanchitas movidas a remo, botes con blancas velas triangulares, modestos vaporcitos de carga y algún que otro torpedero que me recuerda el predilecto juguete de antaño.

De noche, las luces se reflejan en este espejo grande y las siluetas de los árboles inmediatos ponen misteriosos dibujos en los bordes mismos de su oscuro marco.

Ribadeo es un pueblo grande, importante; tiene aspecto de modesta Capital sin sus complicaciones y con mayor belleza en el paisaje. Sus habitantes me parecen un refinamiento del alma gallega, pura, bondadosa y honrada a carta cabal.

Aquí estoy por ahora. ¿Mañana? Si la guerra ha terminado iré a mi tierra; sinó a donde España me necesite.

Ribadeo y primeros días de Septiembre.

Anotaciones

en

Ribadeo y Pravia

Desaparece el frente Norte

En Ribadeo hemos celebrado el derrumbamiento del frente norte; la muerte "roja" de la Montaña con la caída de Santander y la agonía y muerte de la "roja" Asturias finiquitada con las conquistas de Gijón y Avilés.

Pocos días después de mi llegada a este pueblo cayó la capital de la Montaña en manos de nuestros soldados. La alegría en Ribadeo fué inmensa. Se organizó una manifestación a la que concurrió todo el vecindario; y la música, las exclamaciones fervorosas y los cantos y bailes típicos, pusieron en el ambiente sentidas notas de color, de patriotismo y de compenetración, durante todo el día. Cuando la referida manifestación popular llegó al edificio de la Comandancia Militar, el Comandante vitoreó a España, al Caudillo y al Ejército; más, la multitud esperaba la correspondiente alocución patriótica y permanecía sin retirarse. El Teniente de la Guardia Civil, Jefe de la Falange de este pueblo, me comprometió a salir a uno de los balcones y desde allí furon mis palabras a caer sobre la masa enfervorecida. Hablé de la importancia de esta victoria y de mi seguridad en la definitiva; porque, habiendo vivido la guerra en la realidad cruda del combate y en la faceta sentimental de los hospitales, sabía que pa-

ra el triunfo final, poseemos los dos factores indispensables: Alma y Caudillo. Esta fué la sintésis de mi corto discurso que, a juzgar por el asentimiento público, debió agradar a los oyentes. Y es que cuando se pone en alto el corazón, las ideas surgen y las palabras fluyen con la expontaneidad del sentimiento.

A continuación de este acto se cantó, en el templo, una salve a la Virgen de Covadonga y el párroco levantó, desde el púlpito, las almas hacia el agradecimiento divino.

Pasados los momentos de exteriorización briosa del entusiasmo el pueblo ha permanecido tranquilo, pendiente de la radio; día por día, este maravilloso invento, nos va trayendo nuevos motivos de satisfacción; nuestros hombres marchan triunfantes hacia el mismo corazón de la Asturias marxista, hacia los últimos reductos donde la traición y el crimen se han parapetado, la cuenca minera y los dos puertos que aún poseen los rojos en el mar Cantábrico.

Mientras, yo me dedico de lleno a mi Hospital. Mendiola, tantas veces mencionado en este libro, me ayuda, aquí como en Grado, en la tarea santa de recuperar héroes para la Patria. ¡Y con que gusto veo trabajar a este muchacho inteligente y bueno, patriota y valiente, a quien la pasión, la confusión o la inconciencia de algunos, quiso calificar de extremista de izquierda y hasta de marxista de acción! Mendiola tiene un gran espíritu y, en su calidad de médico, no ha procurado otra cosa que prodigar el bien. ¡Que vengan sus delatores a jugarse la vida como se la ha jugado él minuto a minuto!

Mi hospital funciona admirablemente; estoy orgulloso. Como yo lo he organizado, no sé si el

decir esto supondrá inmodestia; si fuere así, perdóneseme esta expansión de sano contento. El local donde se halla instalado es el de una antigua casa de Banca; sus salones son espaciosos soleados y ventilados y tiene un jardín que es un encanto, parte de bosque y parte de parterres con paseos limpios y bien trazados. Un mirador se asoma a la ria frente al caserío de Figueras y desde él se vé brillar la cinta plateada del mar como metal bruñido y limpio.

El Coronel Médico, don Miguel Parrilla, Jefe de Sanidad del octavo Cuerpo de Ejército, llegó aquí hace unos días en visita de inspección; traía fama de hombre muy exigente; lo miró todo, interrogó, uno por uno, a los enfermos; cuando terminó la visita, tuvo para el servicio alabanzas y encomios que fueron inyecciones de satisfacción y de aliento. Yo trasladé aquellas palabras del Jefe, al personal que me ayuda en tan noble tarea: a la señora encargada de dirijir el servicio mecánico, directora a su vez de las damas enfermeras, Doña Virginia Pardo de García de Paredes, cuyo corazón se abre sobre el establecimiento desgranándose en abnegación y en bondad para con los enfermos; a las señoras y señoritas enfermeras, a los médicos Mendiola y Lama, al personal de administración, a los escribientes y a los disciplinados y afectuosos sanitarios que aquí trabajan.

Los enfermos están contentos, satisfechos del trato y del servicio; todos se han recuperado rápidamente y, a excepción de alguno que ha pasado a La Coruña con propuesta de inutilidad, los demás vuelven al frente con el admirable patriotismo que es cualidad natural en nuestros soldados. Puedo contar el caso de un sordo que se me ha

querido fugar varias veces porque le voy a proponer como inútil.

Así dá gusto trabajar; entre gente abnegada, dispuesta y sobre un material inmejorable.

Pelegrín

Esta cuartilla, empezada así, parece como si en ella fuera yo a tratar de algún "tipo" popular o mejor populachero, de esos que existen en todas partes y que se hacen más o menos indispensables a la multitud por muy diversos motivos; quienes, porque la entretienen jocosamente; quienes, porque la reunen en corrillos para comentar sus atrocidades.

Nada más opuesto a eso que el hombre a quien voy a reflejar en esta crónica: pero yo lo llamo ahora y lo llamaré siempre Pelegrín porque con estas letras, que constituyen su apellido, se me metió en el alma. Si alguna vez, que no lo dudo, este muchacho que ya es un buen Cirujano, traumatólogo bien enterado, alcanzase el brillo de un astro de primera magnitud, seguiría llamándole Pelegrín pues así lo veré siempre como es ahora: Un espléndido cerebro y un espíritu blanco en el que late su corazón por no caberle en el cuerpo.

Alberto Pelegrín Cervera tiene 32 años; es Capitán Médico de la Armada y ha estado pensiosionado en el extranjero. Trabajó en Alemania con los Profesores Sternberg y Bohler, habla correctamente el alemán y es un admirador ferviente de la gran Nación amiga. En España ha trabajado también con nuestros mejores investigadores. Estaba retirado al comenzar el Movi-

-miento Salvador y se presentó inmediatamente pidiendo salir voluntario con un Batallón de Infantería de Marina que se había preparado para la Campaña. Estuvo encargado en Ferrol de la Clínica de Cirujía y, al necesitarlo el Ejército, vino de Cirujano a Ribadeo.

Aquí instaló y organizó el Hospital "Pedro Murias" que dirige y en el cual recibe y trata a todos los fracturados de este frente Norte. Pelegrín casi se ha especializado en operaciones sobre huesos; y digo casi, porque el replicaría, con mucha razón y mucha gracia, "que opera de todo". Lo cierto es que todos estos Hospitales evacuan al suyo las fracturas, sean las que sean, abiertas o cerradas, sencillas o conminutas y que Pelegrín no amputa sino que las resuelve, librando así a España de mucho ser inútil por mutilación.

Pero no es esta profesional, con ser brillante, la faceta que más admiro en Pelegrín; mi admiración, que también la produce el Médico, la despierta en mayor escala lo que lleva dentro, lo que no exterioriza sino con sus íntimos, el extraordinario y variado material que encierra; su cultura, su vena romántica, su sello personal, su fondo melancólico, su ingenuidad, su ironía, la aristocracia de su espíritu perdonador que es la síntesis de todas sus bondades. Pelegrín, en el mismo día, opera una fractura, dá los pocos duros que le sobran de su sueldo a los enfermos que se van con permiso y escribe unos versos; y es que, el día anterior, ha leído las últimas revistas Médicas, se ha empapado en los clásicos, ha repasado un pasaje de El Quijote y ha piropeado a una mujer bonita. Le he oído decir muchas veces: "Yo opero y como patatas porque sé hacer

versos; si no supiera hacerlos, ni sabría operar ni merecería comer patatas". ¡Cuanta filosofía encierran estas palabras que parecen dichas en broma!

Pelegrín, en su conversación, es amenísimo; cuenta su origen humilde pero digno, es hijo de ferroviarios, describiendo su modesto hogar en sus más pequeños detalles; su casa era una mansión patriarcal digna del mejor ejemplo amoroso. Relata, con mucha gracia, su niñez enfermiza y enclenque; y, en plán irónico, es maravilloso su cuadro de presentación, por primera vez, en la Marina de Guerra.

Este gran amigo, que vale mucho, se me ha adentrado en el alma con la fuerza de un afecto que exije lugar destacado; yo, muy honrado, le he abierto paso y lo he colocado en el departamento de los predilectos.

Los bous armados

Se llaman así unos barquitos de carga o de pesca, con facha de remolcadores, que se han artillado para la guerra con dos cañones, uno en proa y otro en popa. Estos barcos son mandados por marinos mercantes graduados de Oficiales de la Armada y su dotación se compone toda de voluntarios; algo así como el personal del Tercio; voluntarios de la muerte en el mar.

La escuadrilla de Bous, que tiene su Base en Ribadeo, saca sus unidades a la mar alternativamente; dos días de navegación por dos de puerto. La valentía de estos navíos es, en sí, extraordinaria y la de su personal, más extraordinaria todavía. Ellos resisten, crugiendo pero enteros, los temporales de este generalmente enfurecido mar Cantábrico y su tripulación y sus mandos se crecen en el peligro luchando contra los elementos. Todos tienen heroísmos en su haber ya que han contribuído con nuestros escasos buques de guerra a embotellar la "Escuadra roja"; la cobarde y funesta "Escuadra roja", ensangrentada, cubierta de crímenes, hundida bajo el peso de la traición en los puertos, sin ningún detalle de emoción ni valentía.

Uno de los Bous, el que manda el Capitán Landa, de quien ahora hablaré, echó a pique a un submarino "rojo" hace algunos meses; y, habrá diez

o doce días, apresó a dos mercantes extranjeros que llevaban víveres al puerto de Gijón.

El Capitán Landa es un tipo "sui generis"; bajo de estatura, de cara alargada, lleva uniforme impecable en el que luce el escudo con las insignias de requeté y no habla nunca; es monosilábico. Cuando está contento de verdad, suele cantar una canción Carlista que comienza: "Calzame las alpargatas, dame la boina, dame el fusil...". Si está en tierra, se dedica a la captura de setas por el bosque; es también muy aficionado a los caracoles. Su compañero y su segundo, Madariaga, no desmerece de su Jefe en valentía y en técnica marinera; más comunicativo y más elegante que Landa, sus voces en la cubierta, en proa o en popa, son las de "un Almirante en gran combate"; pero luego, surge el marino bonachón de los mares de Escocia y dirigiéndose a un tripulante le dice: "Hazme un café en un volco".

Ambos, Landa y Madariaga, han hecho navegación de altura y, aunque jóvenes, son dos lobos de mar en el ejercicio de su arriesgada profesión.

Está también por aquí otro marino excepcional, Urrutia. ¿Queréis saber uno de los hechos de este muchacho que apenas contará treinta años? Al iniciarse nuestro Movimiento se encontraba en alta mar mandando un barco cuya tripulación era toda "roja"; vió el cariz que la cosa tomaba a bordo y desde el puente, pistola en mano, habló de este modo a los marineros marxistas: "Rumbo a Cádiz; para llegar hasta mí no hay más que esta escalera estrecha; al que lo intente "me lo cargo" y si alguno desobedeciese mis órdenes "me lo cargo" también". El barco llegó a Cádiz; y al fondear, volvió Urrutia a dirigirse a los tripulantes para decirles: "Como fuistéis obedientes, si

queréis seguir a mis órdenes, tirad al agua los carnets de la C. N. T. y gritad: ¡Viva España!" Y aquella dotación "roja", ya no fué "roja", ni blanca, ni negra, tomó el color patriótico del ejemplo de su Jefe y siguió con éste sirviendo a España.

Citaré, finalmente, a Saldaña ya que él, Pelegrín y yo, formamos en Ribadeo un verdadero "Triunvirato" en las horas de ocio. Javier Saldaña es Teniente de Navío de la Armada, segundo Comandante del Torpedero número 7. Si digo que Saldaña es un muchacho fino, elegante, nacido en San Sebastián de familia distinguida, digo una vulgaridad; Saldaña es eso y es, además, un buen marino, de esos que se meten en su oxidado y antiguo aparato en el que casi no cabe, esto es su torpedero, y tira adelante a triunfar o a morir que también es un triunfo. Saldaña es de los que, como Pelegrín, hace versos y, porque hace versos, sabe meterse en la cabina, dar las voces de mando, indicar el rumbo y morir al pié de sus cañones. Es Falangista de los antiguos, enamorado de España y admirador fervientes del Caudillo. Yo llamaría a Saldaña, caballero del romanticismo que ha sabido conservar aquella solera compatibilizándola con la evolución de los tiempos nuevos.

Este gran amigo forma y formará ya siempre parte de la familia de mis solemnes afectos.

¡Quiera Dios que algún día, terminada la guerra, nos volvamos a encontrar todos reunidos disfrutando de la grandeza Nacional por cuya consecución ahora laboramos!

La tragedia de una familia distinguida

"Maita", "Menchu": Tal vez os hice sufrir al interrogaros para escribir estas páginas de mi Libro; y tal vez vuelva a cometer el mismo delito, al daros a guardar estas cuartillas exteriorización de lo que lleváis amargamente gravado en el alma. Si ha sido así, perdonadme el daño y compensadlo con el gran cariño que os profeso.

Hoy he tenido el gusto y el honor de interrogar a "Maita" Argüelles. Es esta una muchacha guapísima, de lo más distinguido de Asturias. "Maita", lo posee todo, gracia, hermosura, simpatía, distinción, bondad; en lo físico, no sé que admirar más en ella, si sus ojos negros, grandes y expresivos, bajo el arco fino y graciosamente curvado de las cejas o su boca llena de encantos de la que salen una sonrisa y unas palabras blancas, nevadas, brillantes, como las perfectas perlas que enseña cuando se ríe o habla. Si la belleza está en la proporción, "Maita" es bella en este concepto; si estriba en la gracia, "Maita" la tiene y la maneja a las mil maravillas. En lo moral, "Maita" Argüelles posee lo que su exterior revela; un alma purísima, un espíritu altruista nimbado de inge-

nuidad, arca maravillosa que sin cesar prodiga su tesoro. La guerra, que la ha herido de cerca con dardo agudo, no ha puesto ni una gota de hiel en el panal dorado de sus sentimientos. Su voz tiene el encantamiento atractivo de la de las Sirenas.

La familia de Argüelles vivía en Infiesto cuando comenzó el movimiento; y desde entonces, o mejor dicho, desde que el cínico Portela Valladares entregó el Poder a las masas anarquistas, la persecución más atroz se cebó en ella con saña implacable. ¿Por qué? Pues porque esta familia es distinguida y fina; fina, con el aristocrático refinamiento de la bondad, con sus amistades; fina, con sus mayordomos; fina, con sus obreros. Un ambiente asfixiado de podredumbre grosera y soez no quiso resguardarla del daño y fueron algunos de sus favorecidos los que con más bárbaro entusiasmo procuraron pagarle sus déudas de gratitud. Su casa requisada; todos lanzados al arroyo.

El cabeza de familia tuvo que huir al monte perseguido por los marxistas y en el monte fué muerto por ellos; uno de sus hijos corrió la misma suerte; y mientras la señora de Argüelles, dada su calidad de cubana, gestionaba un pasaporte para salir de aquel infierno, sus hijas, Rosa, Esmeralda y "Maíta", eran llamadas por el "Comité revolucionario" del pueblo y dedicadas, entre la befa de las mujerzuelas sucias y descaradas y los escupitajos aguardentosos de los infra-hombres, a ejecutar los menesteres que más podían molestarles; a acarrear agua, a lavar ropa y a limpiar pisos.

Rosa me ha contado, con graciosa naturalidad, como en una ocasión les llamó a su presencia el

"Comité"; y, cuando en fila india y con las escobas y bártulos del aseo tocaron a la puerta y desde dentro preguntaron "¿quien llama"?, ella respondió "poseída" de su papel: "Somos las de la limpieza".

La misión de aquel día consistía en fregar el Casino de Infiesto; cuando la hubieron ejecutado y salían del local en igual forma que lo hicieron al entrar, "hay que saludar", les dijo un miliciano que se hallaba en la puerta; y como Rosa, un tanto nerviosa, cerrase el puño izquierdo, el mastodonte, dándole un brutal empellón replicó: "Con el puño derecho..." y la acción fué acompañada de una exclamación de "fino cariz bolchevique".

Otra vez, uno del "Comité" las puso en ruedo y les dijo: "Miren para mí a ver cual es la que más me gusta". Ellas temblaron de espanto y el criminal añadió: "Me gustan todas, ya veremos" y mandó que se retirasen mientras él lo meditaba.

—Las mujeres eran muchísimo peores—me dice "Maita"; sin saber de nuestro hermano, ni ellas tampoco, nos relataban, inventados, sus tormentos durante su cautiverio y su ejecución; y lo hacían con un regocijo de fieras.

Frente a frente "Maita" y yo, le pregunto con toda la confianza que con ella tengo sabiendo, además, toda la comprensión que ella posee: ¿Y no te ha parecido alguna vez que los "rojos" no son tan malos cuando teniéndote en sus garras, con toda tu hermosura, no te atropellaron bestialmente?

—Si Capitán, lo he pensado muchas veces; no son tan malos.

¡Admírate lector! Esta muchacha, herida por la horda salvaje en lo más preciado ¡su padre y

su hermano asesinados! Es tan buena que aún tiene disculpa para los monstruos porque no cometieron con ella la acción más vil y canallezca que con un angel puede ejecutarse.

Han salido de esta guerra muchas familias deshechas como la de Argüelles. Aquí he conocido otra destacada la de Nespral, que está en idénticas condiciones; el padre asesinado por los "rojos", en plena calle al comienzo mismo del movimiento; los demás, desalojados de su casa, la que han arrasado, no dejando ni un mueble ni un enser familiar. Las chicas fueron perseguidas y después de sufrir un éxodo tormentoso, pudieron salir de Asturias y refugiarse en este pueblo. Son también tres hermanas buenas y guapísimas; una, casada hace poco; otra próxima a contraer matrimonio; y la más pequeña, "Menchu", es un verdadero encanto; tipo español fuerte y elegante, tiene color moreno-claro, mezcla admirable de sidra dorada y de carbón de mina asturiana.

Hoy, mi mujer y yo, hemos merendado en casa de la familia de Argüelles. La señora, a la que acabamos de conocer, nos trata con una franqueza y un afecto que agradecemos; nos relata sus penalidades detallando toda su honda desgracia; nos enseña la documentación que para salir de Asturias le firmaron los "rojos"; nos refiere la mediación del Gobierno de Cuba conseguida por un hermano suyo que vive allá. Todo dicho con un profundo sentimiento pero también con una entereza extraordinaria. Ella dá ánimo en la casa, sacude a sus hijas la melancolía y las incita a vivir con ilusión y con alegría.

¡Y pensar que se cuentan por miles los hogares así destrozados por la bárbara y cobarde salvajada moscovita!

¡Señor, Señor! Hemos de ser piadosos porque Tú así lo ordenas y lo predicaste con tu divino ejemplo; pero, ¡dános fuerzas de resignación y valor, un gran valor, para contener nuestros impulsos de coraje humano!

"Rojos" apresados

Se derrumbó totalmente el frente Norte. Asturias toda es ya de España. ¡Honor a los héroes que la rescataron! ¡Honor y gloria a los caídos por la Patria! ¡Presente, General Mola! ¡Obediencia y admiración al Caudillo! Gijón y Avilés, los dos Puertos hasta ahora "rojos" del Cantábrico se han entregado; y la Cuenca Minera, abrumada bajo el peso de tantos crímenes, se ha hecho justicia aplastándose moralmente.

Cuando anunció la radio este magno acontecimiento, no por esperado menos gigantesco, el pueblo entero de Ribadeo se hechó a la calle en manifestación de entusiasmo incontenible. El Alcalde, desde un balcón del Ayuntamiento, dirigió a la multitud unas palabras llenas de patriotismo y luego la gente se reunió en el Templo y oró en acción de gracia por tan soñada victoria. ¡Viva España! ¡Arriba España!

Ahora nos anuncian que van a entrar en el Puerto las embarcaciones apresadas en aguas de Gijón cargadas con los milicianos que, en la desbandada final, al hacerse a la mar, cayeron bajo el dominio de nuestros buques de guerra.

En efecto; diez o doce barcos, unos mayores, otros pequeñísimos, llegan a la Ria y en ella fondean acompañados de nuestros Bous y del torpedero número 7. La gente viene en ellos apiñada,

hacinada, como bultos mal estivados, como fardos revueltos en montón desordenado. Desde tierra veo este espectáculo terriblemente impresionante y, con dolor, me hago la siguiente consideración: Estos ya no son hombres, son trapos, no tienen organismo ni espíritu, son lo que llevan por fuera, chalecos manchados y arrugados, pantalones raídos, carne corrompida por la enfermedad y la miseria y envenada por el tóxico que unos cobardes le inyectaron para hacer experiencia de criminalidad, de destrucción y de barbarie.

Luego, el desembarco y el desfile; el trágico desfile de estos autómatas escuálidos, amarillos como hojas secas, quemados, arapientos; columna interminable de momias, de canes famélicos aullando su miseria, de expectros en los que ya ni el odio a los Jefes, criminales y embusteros, pone en tensión ninguna fibra orgánica.

Yo, dando rienda suelta a mis sentimientos, les diría ahora mismo: ¡Alto!, ¡firmes!, ¡oid!: Estáis en España, entre españoles dignos; abríos el pecho, arrancad de su interior esa víscera inservible que os late y poneos parte de lo que nos sobra de la nuestra a los españoles que no hemos dejado de ser patriotas; y es tanto que, después de serviros lo que necesitáis, aún nos quedará un pedazo para compadeceros y perdonar vuestras infamias.

Vienen, entre los que forman en este desfile tétrico, niños, mujeres, heridos con fracturas mal reducidas, brazos rígidos, muletas, vendas sucias, enfermos disnéicos que casi no pueden caminar. En mi hospital se ha improvisado un departamento especial y en el han quedado atendidos treinta y dos de los más averiados. Ni una palabra de reproche para estos desdichados. Ni un

comentario. Prudencia, mucha prudencia; caridad cristiana vertida a raudales. ¡Así se hace Patria! Más tarde, que la justicia recta se les entienda con ellos!

Y no será necesario que las Naciones que los han ayudado, que son culpables de la prolongación de esta guerra y con ella de un mayor número de crímenes y de desafueros de todas clases, tercien, ahora, pidiendo clemencia para los caídos, como parece desprenderse de ciertas notas publicadas en la prensa de estos días. Clemencia ha tenido y tiene el Generalísimo, dictando órdenes justas y humanitarias; han tenido y tienen clemencia nuestros soldados, no aplicando jamás la ley del impulso ciego que aconseja "diente por diente y ojo por ojo"; han poseído y poseen esta noble cualidad nuestros marinos, que hoy mismo, en pago a su gallardía, recibieron de uno de los barcos apresados el "obsequio" de una bomba de mano que causó la muerte a un marinero de nuestra dotación y, no obstante este bárbaro acto, frenaron su natural coraje y en vez de hacer fuego sobre la embarcación, hundiédola con todos sus ocupantes, se limitaron a abordarla apresando al criminal y repartiendo agua y víveres entre la asombrada carga humana; tienen y han tenido clemencia nuestras admirables damas enfermeras, muchas de las cuales han perdido en esta guerra familiares muy allegados y hoy sirven abnegadamente a los "rojos" enfermos sin saber si alguno de los que reciben su favor ha sido el asesino de su padre, de su hermano o de su ilusión adorada.

A este respecto, consignaré aquí un hecho por lo edificante: Hace unas horas, con motivo de la llegada a este Hospital de los enfermos "rojos",

una señorita ha entrado en mi despacho y me ha dicho: "Capitán, llevo algunos meses sirviendo aquí a nuestros soldados; hoy se han admitido "rojos" en este Establecimiento y como yo tengo algunos parientes desaparecidos por ellos, desde ahora, sintiéndolo mucho, me doy de baja en el servicio."

Le pedí que se sentara; y justificando dentro de mí aquel arranque juvenil y humano, le repliqué serenamente y hasta con locuasidad enviada por Dios: Comprendo tu impresión y tu impulso; pero quiero que, antes de tomar una resolución de tal naturaleza, medites sobre los dos puntos que voy a exponerte: Uno, de orden material, es que estos enfermos no han entrado aquí por que yo quiera ni tu tampoco; cumplimos órdenes superiores de nuestros Jefes y estos las reciben, a su vez, del Generalísimo; si queremos hacer a España, Una, Grande y Libre, hemos de obedecer con fervor al Caudillo sintiéndonos más españoles cuanto más esfuerzo tengamos que vencer al objeto de cumplir sus mandatos. El otro punto, atañe a lo moral: acuérdate de que Jesucristo en el Calvario, befado, humillado y herido de muerte, agonizó perdonando a sus enemigos y que cuando un sicario le dió una bofetada, puso el otro cachete por si quería repetir la afrentosa acción.

A los pocos minutos esta enfermera servía, expontáneamente, en la sala de los "rojos".

¡Admirable mujer española que así siembras caridad y difundes finura y cariño; que tienes entereza, resignación, valor heróico, delicadeza espiritual; tu eres la que ganas la guerra porque llevaste en tus entrañas y les diste tu sangre, al Caudillo, a nuestros extraordinarios Jefes, a los

maravillosos soldados de España; y porque ahora, en la guerra misma, nos alienta, nos abrigas, nos socorres, socorres hasta a los desgraciados enemigos haciéndoles comprender con tu bondad su absurdo equívoco; y repartes amor, supremo bien, manjar de dioses, palanca que mueve al mundo, escala de oro que nos conduce al infinito!

Interrogo a un prisionero

Ya dije que en mi Hospital habían quedado 32 enfermos de los individuos apresados por nuestra Escuadra cuando intentaban ganar, en diversas embarcaciones salidas de Gijón, la costa de Francia. Todos quedaron en un departamento especial debidamente custodiados.

A mi, que no conocía antecedentes particulares de estos hombres, ninguno me pareció peligroso; les tuve compasión y pensé que quizá no habrían cometido grandes fechorías; pero ¡sea Vd. excesivamente sensible! Uno de los hospitalizados era ya de edad y le acompañaba un hijo de 10 años; tal vez por esto me movió a caridad más honda. ¿Sabéis quien era? Pues "el tuerto de Infiesto". ¿Que que había hecho? Este que fué paje del Obispo de Oviedo y luego algo así como sacristán, cuando advino el Movimiento se dedicó a delatar a las personas de orden y hasta a asesinar en plena calle. Le dí el alta apenas curó de la ligera enfermedad que traía.

Pero no fué este mi interrogado; el diálogo lo entablé con un muchacho que desde luego me pareció fino y a quien le encontré cara bondadosa. Al llegar me pidió permiso para telegrafiar a su familia que se encuentra en Bilbao y, al autorizarlo, fué a pagar el importe con un billete de 25 pesetas no estampillado; como yo sabía que no le valdría y el no tenía otra moneda, le pagué

de mí bolsillo, el telegrama. Dos días después pedía hablar conmigo para consultarme un asunto. Le hice bajar a mi despacho y allí me dijo que quería escribir una carta, si yo se lo consentía, para pedir a conocidos suyos de Bilbao, personas de reconocida solvencia, que lo garantizasen· ya que sabían de su comportamiento y les constaba que no había hecho ningún daño. Con este motivo me enseñó toda su documentación; le dí mis consejos y lo autoricé para escribir la carta que antes de enviarla habría yo de censurar.

Este muchacho es hijo de un antiguo soldado de la Escolta Real; su padre estuvo en Madrid mucho tiempo y, aún casado, continuó prestando servicios a los entónces Reyes de España. Un día le entró la manía de volver a su pueblo y se fué a Bilbao donde, después de fracasar en algunos negocios, dió en Guardia Municipal de aquella Villa. Ahora estaba retirado y cobraba una pequeña jubilación con la cual y lo que este hijo ganaba en un reducido negocio de vinos vivía la familia.

Mi interrogado fué calificado, cuando llamaron su quinta, como útil para servicios auxiliares; es decir, que no estaba apto para el servicio de las armas. En febrero de este año movilizaron los "rojos" su reemplazo y el fué designado como "Inspector de Refugios Civiles"; su misión era velar por la limpieza y acondicionamiento de los locales señalados como resguardo de la población civil en casos de bombardeo. Días antes de ser Bilbao recuperado por nuestras armas le destinaron a Santoña, de escribiente a la "Academia Militar" que allí funcionaba y más tarde, al fusionarse esta con la de Asturias, vino a otro pueblo cerca de Gijón donde la "Academia" quedó estable-

cida. En la noche del 20 de este mes, cuando cundió la desbandada en todo el Frente Norte, él cogió un barco para lograr entrar en Francia y desde allí pasar a Bilbao, juntarse con su familia y presentarse a las Autoridades.

Como se verá este interrogatorio no ha descubierto nada interesante; pero es que "a tiro hecho" me he dejado atrás un detalle que ahora voy a consignar y a comentar porque, sin duda, interesa a mis paisanos y lectores en Canarias.

En la "Academia Militar" en que mi interrogado actuaba de escribiente hacía de "Inspector" el Comandante Guivelondo. ¿Lo recordáis? El funesto, el cínico Guivelondo que la nefasta República nos envió a Las Palmas como Gobernador allá por el año 33. El perturbado moral que se pasaba con su hijo las noches en los cabarets dando ejemplo de chulería y de inmoralidad. El que en una ocasión me llamó a mí, como Presidente del Gabinete Literario, para conminar a la Directiva porque ésta Sociedad no había enarbolado la bandera al paso de una manifestación conmemorativa de la República celebrada en fecha señalada por la Iglesia para adorar con dolor y recogimiento al Dios Sacrificado: el Viernes Santo. El árbitro parcial y ruín de la tristemente célebre huelga del Puerto de la Luz que amenazó con arruinar la Isla de Gran Canaria y que unas Autoridades vesánicas, al servicio de aquél mastodonte, resolvieron amenazando a los patronos con esta "democrática" frase: "O firmáis o el pueblo dará cuenta de vosotros".

Este Guivelondo era el "Inspector" de las "Academias Militares "rojas" del Norte; y ya se comprenderá que clase de Militares saldrían de la cesta que empollaba este "magnífico sujeto".

¿Qué fué después de Guivelondo? Le pregunté al interrogado.

—No lo sé; cuando yo salí de Santoña quedo allí.

Lo que ha sido de él me lo supongo—añado yo ahora. Ya habrá arreglado sus cuentas con nuestra Justicia; porque no lo creo capaz de habérselas liquidado, por sí propio, a última hora, descerrajándose un pistoletazo.

Se cierra mi Hospital

Día 11 de Noviembre. Acabo de recibir una orden telegráfica en la que se me dice que liquide este Hospital enviando a La Coruña los enfermos que puedan hacer viaje sentados y al Hospital "Pedro Murias", de esta localidad, aquellos que por su estado tengan que ser evacuados en camilla. He de hacer inventario del material que aquí existe para mandar copia del mismo a la Jefatura de los Servicios Sanitarios del Octavo Cuerpo de Ejército y, ahora, me hallo en este menester. No sé donde tendré yo que inventariarme; pues en este trasiego de destinos voy dejando en cada sitio, sobre cada afecto, un poco de mi corazón.

Es natural; liquidado el frente Norte ha terminado la lucha en esta Zona y, por tanto, cerrada la fábrica de enfermos y heridos que es la guerra, han de cerrarse también los Hospitales en donde aquellos se albergaban y restablecían.

Mi Hospital se liquida sin barullos y tan tranquilamente y con tanta limpieza como ha funcionado. Por el han pasado, en dos meses y medio, unos quinientos enfermos; todos vinieron del frente de Asturias y todos han vuelto a las trincheras recuperados para la Madre Patria. Una sola defunción he tenido; un soldado evacuado de Luarca y que llegó gravísimo con una pneumonía. Este Hospital ha sido algo muy mío; yo lo abrí el 23 de Agosto, yo lo cierro el 12 de Noviembre; puse en él mi cariño y no lo trasmito a nadie; me lo

llevo, porque el me lo devuelve íntegro cuando ya no lo necesita. Claro que en estas galerías, en este jardín que yo quise y logré hacer limpio y alegre, prendido de este ramaje espeso, queda algo de mi espíritu o algo de ésto se viene conmigo, formando parte de la pequeña historia de mi vida.

Ribadeo ha sido para mí un remanso después de los borrascosos meses de Grado; sin dejar de servir en la guerra, este servicio fué más tranquilo, menos expuesto, desde luego menos emocionante, pero de más reposo físico y espiritual. Aquí he podido tener a la compañera de mi vida y, aunque alejados de nuestros hijos, nos hemos prestado un mútuo apoyo y un consuelo mútuo. ¡Ya los veremos a ellos cuando España sea libre y todos lo seamos con esta libertad gloriosa!

¡También amistades en Ribadeo!

Es una desgracia esta hipersensibilidad, esta difusión cardíaca o esta expansión espiritual que me va consumiendo. Hace poco se han despedido de nosotros unas amigas asturiánas que formaban parte de nuestra reunión de todos los días; libertada su tierra, se fueron a sus casas; la despedida nos dolió profundamente. Ahora soy yo quién se ausenta dejando atrás a Pelegrín, a Saldaña y a otros amigos a quienes no sé si volveré a ver más. Claro que me los traigo conmigo en el recuerdo porque, ¡esto es lo grave!, no puedo borrarlos de mi mente cómo se borran las cifras de un encerrado, pero tampoco puedo darles vida, materializarlos, para seguir disfrutando, en integridad, de su presencia y de sus actos fraternales.

A Ribadeo le digo adiós con verdadera pena. Voy a Pravia. ¿Cómo será Pravia? ¿Cómo lo pasaré allí? Ni lo sé ni lo pienso. Me mandan y a mí solo me toca obedecer.

Oviedo

Como el mahometano que visita La Meca, con la misma santa temblorosa emoción del católico que llega a la Roma Pontificia, se acerca a Oviedo el español ferviente, amante de la portentosa Cáusa Nacional. Aquí está la sede del heroismo, el santuario auténtico del martirio. ¡Ni un paso más sin descubrirte, ciudadano del mundo; y cuando te hayas adentrado en sus primeros barrios párate, guarda silencio y deja que lata tu corazón condenando tanta miseria y admirando tanta grandeza!

Oviedo fué una posición más en esta guerra de reconquista; una posición absolutamente rodeada de feroces enemigos. Su perímetro contiene múltiples hileras de alambradas, varios círculos de trincheras; su subsuelo es otra ciudad guerrera entre sombras; sus barrios, avanzadas marxistas tocando las calles céntricas, corazón herido de la noble Capital asturiana.

En Oviedo fueron todos guerreros, población militar y población civil; porque a medida que desaparecía aquella, heróicamente sacrificada, iba sustituyéndola y pereciendo esta con igual heroismo, por la misma sagrada cáusa y por voluntaria obligación. Sufrió Oviedo un sitio de meses, hubo que racionar la alimentación, el bombardeo era constante, imponente y arrasador, se llegó casi

a no comer; y los ovetenses cayeron, murieron, sufrieron hambre y sed, pero siguieron defendiendo la Ciudad donde habían de guardarse los más limpios blasones de la heroicidad y del españolismo.

Más tarde, otros hombres valientes, admirables, españoles también de extraordinario temple, se abrieron camino por sobre pueblos "rojos", por sobre lomas, montañas y cordilleras imponentes, tendieron sus almas y sus puentes sobre ríos y barrancos y comunicaron a los héroes cercados con la hermana tierra gallega. ¡Honor a los colosos salvadores y loór, oración y gloria para los mártires caídos! Mejoró la angustiosa situación; pero, los bolcheviques siguiendo su obra destructiva, desde corta distancia y a tiro directo, bombardearon, día a día, hora a hora, minuto a minuto, este pedazo glorioso de la Patria. ¡Así catorce meses!

Ahora, derrumbado el frente Norte, hemos visitado, sin peligro, la Capital de Asturias. Llueve, pero queremos aprovechar las horas; no importa que el agua nos cale, es una lluvia beneficiosa que viene a fecundar los prados, lluvia que ya no hiere a nuestros soldados ni impide su acción bélica contra la bestia "roja". No perdamos el tiempo en reparos históricos. ¡Adelante!

Entramos por el lugar denominado "Puerta de América"; a nuestra derecha el "depósito de agua" que los "rojos" tuvieron hasta el final; a nuestra izquierda el Naranco, lomo rugoso de enorme vertebrado que fué por partes nuestro y del enemigo. Por este barrio, las trincheras y las alambradas llegan al límite mismo de la carretera; un coche desmantelado nos habla de una fustrada expedición; la "Plaza de toros" es un mediotonel con sus duelas desencajadas y rotas en casi

toda su circunferencia; algunos trozos de paredes en pié parecen dientes careados, horribles, de una monstruosa mandíbula desenterrada. Montones de escombros que fueron viviendas, dejan entrever hierros retorcidos, maderas partidas, mesas desechas, camas de metal aplastadas, enseres familiares inservibles que supusieron bienestar y confort hasta hace unos meses.

Llegamos al centro de Oviedo; éste, amplio y elegante, a primera vista no nos resulta tan destrozado; pero luego, pasando la mirada casa por casa, observamos el engaño de algunas fachadas que pretenden tapar, pudorosas, la carne herida del inmueble de que forman parte; desde los portales y los patios se puede mirar al cielo a través de los enormes agujeros que han sustituído a la mitad de los techos; los pisos y los tabiques interiores no existen o están colgando, desgajados, como músculos rotos en tracción violenta, al paso que otras casas han perdido su exterior quedando los interiores expuestos a la curiosidad de miradas extrañas; galerías, cocinas, comedores y cuartos de estar, ampliamente abiertos por ausencia íntegra del muro que los cubría, dan realidad tangible al cartel que representa el corte vertical de una fábrica para demostrar la actividad que hierve en sus entrañas.

La Catedral, fuerte, severa y elegante, tiene mutilado el remate de su torre; y, cual en un muñón dolorido que clama al infinito, sus grietas son hilos de sangre que corren hacia la base del miembro cercenado.

Seguimos recorriendo los barrios. En el de Santo Domingo, junto al corazón mismo de la Capital, al que llegaron los "rojos" perforando tabiques y viviendas, son pocas las casas que quedan

en pié y todas están horrorosamente destrozadas. En el de San Lázaro no hay una sola vivienda aprovechable; todo es un montón de ruinas donde las ratas, de las que vemos soberbios ejemplares, han constituído su república tan repulsiva, nefasta y peligrosa, como la estructurada por los vesánicos sujetos que nos han traído la presente catástrofe.

He aquí la obra del marxismo; la ejemplaridad de la pregonada valentía de los mineros. No pudieron tomar una ciudad abierta, les faltó alma para el empuje; pero la destruyeron a distancia para cubrir con ruinas su cobardía y su impotencia.

Este es el panorama de Oviedo que, terminada la actividad guerrera, puede contemplar el visitante. Dentro de poco, la Capital de Asturias estará reconstruída; el esfuerzo formidable de sus hijos, tan asombrosamente demostrado en la guerra, sabrá en la paz embellecer materialmente lo que supieron llenar, para siempre, de un colosal bellísimo espíritu. Pero yo quiero recordar siempre de Oviedo como lo he visto ahora; mutilado, roto, deshecho, santuario auténtico del martirio y formidable sede del heroismo.

—

Pravia

Voy conociendo todos los pueblos asturianos. La guerra me trajo a esta región a la que, sin duda, de otro modo no hubiera visitado nunca. Asturias es bellísima; pero, para mí, desde Canarias, no era lugar codiciado ni paso de ruta para ninguna parte. Hoy me alegro de qué me tocara este frente porque en el me ha ído bién y porque he conocido una buena porción de lo que me restaba por conocer de España.

Estoy en Pravia; cerrado mi Hospital de Rivadeo, se me ha designado para reconocer aquí a los mozos que se presentan de la zona últimamente liberada.

Este pueblo estuvo en poder de los "rojos" durante dos meses, al principio del Movimiento; después se les echó al otro lado del río Nalón y allí permanecieron, a doscientos metros de nuestro terreno, hasta la total caída de Asturias. Algunos caseríos, los situados a la orilla derecha del río, quedaron bajo el dominio marxista; y entre ellos, en los montes que los sostienen, se ven las rayas pardas de las que fueron trincheras enemigas. El puente sobre el río, (río que ha sido la fosa viva de tantos hombres excelentes), que comunicaba a Pravia con Avilés, cuyo cabeza unida al mayor núcleo de población poseían los nuestros, fué dinamitado por los "rojos" en la parte

opuesta, en una extensión aproximada de 50 metros y allí ha quedado retorcida su armazón de hierro cual el extremo caudal de un ofidio imponente contracturado por una contusión dolorosa.

El Caserío de Pravia no ha sufrido grandes daños; parece como si por esta parte los bolcheviques no hubieran andado muy bien de material guerrero; se ven muchos impactos de fusil y algunos desperfectos ocasionados por granadas de cañón que no han debido ser de calibre superior al siete y medio. No obstante ésto, Pravia ha salido enlutada de la guerra. Fueron muchas las familias apresadas durante el corto dominio de los "rojos" a las cuales se les ejecutó aquí o más tarde en Avilés, Gijón e Infiesto, después de pasar tormentos horrorosos en aquellas cárceles.

Pravia es o está triste; pueblo importante, apenas si se ven personas por las calles, dando la impresión de lugar desolado, silencioso, de caserones mudos desaparecido el espíritu que los animaba. Llora el ambiente; y las campanadas lentas del reloj de su Iglesia cayendo sobre la gran plaza desierta, suenan como dobles pausados llamando a oración por los ausentes.

El campo de Pravia es, como todo el paisaje Asturiano, arbolado, verde, montañoso y fértil hasta la exuberancia. La lluvia cae constantemente sobre los prados que agradecen su asiduidad con bendiciones de voluctuoso crecimiento.

... ...

Hoy he visitado el pueblecito de Cudillero situado en la misma orilla del mar y a quince kilómetros de Pravia. En un pago denominado "El Pito" que se encuéntra poco antes de llegar al pueblo, existe un Hospital que funcionó para nuestros enfermos durante la guerra en el Norte

y ahora alberga a los heridos "rojos" apresados por estos alrededores y a los enfermos que proceden de los Campos de Concentración que por aquí se han instalado. Invitado por los compañeros que trabajan en este Establecimiento almorcé con ellos y luego seguimos la excursión hasta Cudillero. Es este un lugar de pescadores, semejante a algunos rincones de mi tierra pero más antíguo y con más carácter. Cudillero está metido en la escotadura estrecha de una montaña que parece rota; las casas caen, atropelladamente, desde la cima y se colocan de cualquier modo, como los bloques primitivos del asiento de un muelle; y tal como han caído, parece que se mantienen portentosamente, pegadas unas a otras como agarrándose para sostener un equilibrio casi acrobático. En la parte más baja, bordeando las aguas, hay algunas construcciones abigarradas, fuertes; la Iglesia, el Ayuntamiento. Otras viviendas se cimentan sobre arcadas de cantería debajo de las cuales descansan las barcas de pesca.

El muelle es sinuoso y estrecho; el Puerto pequeño con entrada dificultosa y mar impetuoso; las olas se parten decididas contra el acantilado.

Desde el faro contemplamos magnífica la inmensa alfombra azul. Pisamos por el Norte sobre el límite mismo de España. Frente a nosotros el infinito espacio líquido oculto a nuestra izquierda por el promontorio que resguarda este pequeño Puerto; a nuestra derecha, el Cabo de Peñas señala la ruta de El Musel y más hacia nosotros, entre otra punta de tierra y una roca cortada, vemos la entrada de Avilés, los dos últimos Puertos "rojos" del Norte en la "tragedia comunista española".

opuesta, en una extensión aproximada de 50 metros y allí ha quedado retorcida su armazón de hierro cual el extremo caudal de un ofidio imponente contracturado por una contusión dolorosa.

El Caserío de Pravia no ha sufrido grandes daños; parece como si por esta parte los bolcheviques no hubieran andado muy bien de material guerrero; se ven muchos impactos de fusil y algunos desperfectos ocasionados por granadas de cañón que no han debido ser de calibre superior al siete y medio. No obstante ésto, Pravia ha salido enlutada de la guerra. Fueron muchas las familias apresadas durante el corto dominio de los "rojos" a las cuales se les ejecutó aquí o más tarde en Avilés, Gijón e Infiesto, después de pasar tormentos horrorosos en aquellas cárceles.

Pravia es o está triste; pueblo importante, apenas si se ven personas por las calles, dando la impresión de lugar desolado, silencioso, de caserones mudos desaparecido el espíritu que los animaba. Llora el ambiente; y las campanadas lentas del reloj de su Iglesia cayendo sobre la gran plaza desierta, suenan como dobles pausados llamando a oración por los ausentes.

El campo de Pravia es, como todo el paisaje Asturiano, arbolado, verde, montañoso y fértil hasta la exuberancia. La lluvia cae constantemente sobre los prados que agradecen su asiduidad con bendiciones de voluctuoso crecimiento.

... ...

Hoy he visitado el pueblecito de Cudillero situado en la misma orilla del mar y a quince kilómetros de Pravia. En un pago denominado "El Pito" que se encuéntra poco antes de llegar al pueblo, existe un Hospital que funcionó para nuestros enfermos durante la guerra en el Norte

y ahora alberga a los heridos "rojos" apresados por estos alrededores y a los enfermos que proceden de los Campos de Concentración que por aquí se han instalado. Invitado por los compañeros que trabajan en este Establecimiento almorcé con ellos y luego seguimos la excursión hasta Cudillero. Es este un lugar de pescadores, semejante a algunos rincones de mi tierra pero más antíguo y con más carácter. Cudillero está metido en la escotadura estrecha de una montaña que parece rota; las casas caen, atropelladamente, desde la cima y se colocan de cualquier modo, como los bloques primitivos del asiento de un muelle; y tal como han caído, parece que se mantienen portentosamente, pegadas unas a otras como agarrándose para sostener un equilibrio casi acrobático. En la parte más baja, bordeando las aguas, hay algunas construcciones abigarradas, fuertes; la Iglesia, el Ayuntamiento. Otras viviendas se cimentan sobre arcadas de cantería debajo de las cuales descansan las barcas de pesca.

El muelle es sinuoso y estrecho; el Puerto pequeño con entrada dificultosa y mar impetuoso; las olas se parten decididas contra el acantilado.

Desde el faro contemplamos magnífica la inmensa alfombra azul. Pisamos por el Norte sobre el límite mismo de España. Frente a nosotros el infinito espacio líquido oculto a nuestra izquierda por el promontorio que resguarda este pequeño Puerto; a nuestra derecha, el Cabo de Peñas señala la ruta de El Musel y más hacia nosotros, entre otra punta de tierra y una roca cortada, vemos la entrada de Avilés, los dos últimos Puertos "rojos" del Norte en la "tragedia comunista española".

Avilés, Gijón y El Simancas

Aprovecho tres días de permiso para recorrerme, aunque sea con rapidez cinematográfica, los lugares de Asturias que más me interesan.

Salgo de Pravia y pasando por Grado, donde recuerdo mi estancia y mis días intensamente guerreros, llego a Oviedo, ya conocido y descrito, en donde apenas paro, pues volveré a visitarlo a mi regreso de éste viaje.

De Oviedo he seguido a Avilés. Avilés es un pueblo grande e interesante. En la boca de una ria se halla su puerto, San Juan de Nieva; ésta ria se mete bastante tierra adentro formando un ángulo cuya recta mayor bordea al caserío; el paseo existente a orillas de la ria no deja de tener su encanto.

En Avilés hay poco destrozado; los "rojos" lo conservaron hasta el final y como este fué su último reducto no lo pudieron evacuar incendiándolo y destruyéndolo como hicieron con otros lugares. Aquí se rindieron; como nosotros éramos los atacantes y solo arremetemos contra objetivos militares, el pueblo ha resultado casi ileso. Existen algunas casas con desperfectos; solo se ve totalmente arruinado el Ayuntamiento, donde los "rojillos" reunían su Consejo, que fué alcanzado por una bomba de nuestra certera y gloriosa aviación.

Desde Avilés sigo a Gijón, otro reducto final de los bolcheviques asturianos, Capital de la Asturias "roja" y lugar de residencia del monstruoso Belarmino y su no menos criminal "Estado Mayor".

Gijón es una magnífica población; amplia, moderna, bien trazada, con elegantes construcciones y con un movimiento propio de gran Capital. Su puerto, El Musel, denota actividad y riqueza; y aunque sus condiciones naturales no me parecen buenas por ser puerto muy abierto, la mano del hombre lo ha orillado todo y sus grúas potentes, su ferrocarril y sus depósitos, me hablan de tráfico constante y de trabajo intenso. Aquí veo, dentro de la bahía, dos barcos mercantes hundidos por nuestra aviación y al destructor "Ciscar" acostado bajo el agua, inundado por el crimen, sumergido por la cobardía y el miedo.

La población de Gijón tampoco ha sufrido grandes desperfectos; se observan algunas casas lesionadas pero, en general, parece que por aquí no pasó la guerra. Uno sólo de sus edificios, al que hay que visitar "a tiro hecho", se halla completamente destruído: "El Cuartel de Simancas". (Lector, ponte en pié y pronuncia este nombre solemnemente, con la máxima emoción y el más hondo respeto). Yo me he arrodillado sobre sus ruinas y, electrizado por el recuerdo vivo del hecho sublime que pregonan, apenas si he podido balbucir palabra. ¡La Gloria de Dios para los héroes! Sólo quedan en pié las paredes exteriores de este Santuario de la Patria; y éstas, tatuadas por el fuego y agujereadas por la metralla. ¡Así debieran permanecer siempre tan sagrados restos! No otro monumento; una sóbria y estética valla exterior y en cada pie-

dra de su deshecho interno el nombre de un héroe grabado. De estos héroes que, cercados, quemados, medio-muertos, asfixiados por la hoguera, la pólvora, el crimen y el salvajismo, defendieron la dignidad de la Patria hasta el último momento; y que, cuando ya materialmente aniquilados vieron la inutilidad del apoyo que les prestaba el acorazado "España" cañoneando a sus sitiadores, tuvieron grandeza de espíritu y entereza de corazón para telegrafiarle: "Todo es inútil, ya están dentro, abran fuego sobre nosotros".

Solo dos hechos hay en esta guerra similares a este magnífico "Simancas": El del Alcázar de Toledo y el del Santuario de la Cabeza; comparables, en la Historia de España, con los de Sagunto y Numancia. ¡Ni uno más en la Historia del Mundo!

Covadonga

Tengo enorme deseo de conocer este Santuario situado entre soberbias montañas, pilares básicos de la primera Reconquista Española.

Desde Gijón, siguiendo la línea de la costa, ruta de nuestro portentoso Ejército, voy a Villaviciosa, pueblo pequeño, limpio y bonito como una miniatura de ciudad distinguida. Villaviciosa ha sufrido los rigores de la guerra; se ven muchos edificios deteriorados; el pueblo está triste en sus calles, su campo revienta en verdor con frenético empuje.

Continúo a Colunga, otro pueblecito reducido, de campo exuberante, mordido también por el monstruo de la destrucción. Me acerco a La Isla, núcleo de viviendas situado casi dentro del mar que juega con las casas salpicándolas como un chiquillo salpica a otro en la playa veraniega; y, después de saturarme de paisaje costero, me encamino hacia Arriondas por la empinada carretera que ha de traspasar el elevadísimo puerto de "El Fito".

Ya en el trayecto de Villaviciosa a Colunga, aparecieron a mi derecha los colosales montes nevados. La nieve brilla en sus crestas como puntitas de diamante cuando el sol tímido de este día intenta, a ratos, mirar sobre el paisaje.

El automóvil continúa ascendiendo y ya me doy

la mano con estos gigantes de cabellera blanca; algunos han sido rebasados. Siento el temor de encontrarme el puerto de "El Fito" cerrado por la nieve; también me inquietan los desperfectos de la carretera ya que, en todo lo recorrido, no he encontrado ni un sólo puente intacto teniendo que pasar sobre el maderamen improvisado por nuestros Ingenieros Militares. Tras un recodo rápido pisamos el puerto. ¡Maravilla de las maravillas! ¡Colosal espectáculo que me suspende la respiración! ¡Alabado sea Dios creador de tanta belleza! A mi vista las dos vertientes profundísimas; la que voy a perder, cuya base toca con el mar que festona el contorno terrestre y la que me dispongo a bajar que, ahora, me muestra un intrincado sistema de majestuosas montañas, (los Picos de Europa), superpuestas, agarradas, erectiles, como simborios de múltiples Catedrales gigantes, como fantásticas decoraciones que esperan la representación de un soberbio episodio y cuyos últimos telones se pierden en el infinito. La nieve lo platea todo y lo hace aún más ultraterreno.

El coche desciende con rapidez y, a poco, se detiene en Arriondas, núcleo de carreteras; un pequeño descanso, un ligero refrigerio y continuo hacia Cangas de Onís. Este histórico pueblo ha salido deshecho de la guerra; aquí la bestia salvaje mordió con saña y con diente agudo. Casi todo el caserío fué incendiado; la vivienda que no sucumbió al fuego cayó bajo la metralla. Sigo carretera adelante, asciendo un poco y avisto el venerado Santuario de Covadonga. Subo hasta la meseta asiento de la Basílica y las Hospederías y entro en el templo donde apenas puedo arrodillarme; tal es el frío, que experimen-

to la sensación de estar materialmente dentro de una nevera; salgo y siguiendo la dirección del túnel me meto en la Gruta donde se venera la "Santina". A un lado, en una cueva tosca, el sepulcro tosco del Rey Don Pelayo; al fondo, el retablo de la Imágen Divina raptada por los impíos moscovitas; junta al retablo, cayendo por la parte inferior de la Santa Gruta, un enorme caudal de agua trasparente se rompe en blanca cascada sobre las peñas.

Estoy en una planicie a media altura de los agudos montes que me rodean; montes venerables, históricos, cantados en las gestas gloriosas de la Patria, adelantados de la reconquista, vanguardia de la Unidad Nacional, núcleo, fermento, gérmen de nuestra histórica grandeza. Arriba, en lo más elevado, la nieve perpétua los conserva canos; y al desprendérseles, en parte, la nívea cabellera, se forma la región de "los lagos" que alimenta a la profusa circulación fecunda de la fértil Acturias.

¡Virgen de Covadonga, "Santina" bendita, milagrosa y querida; no importa que te hayan desaparecido en la Imágen que te representaba; yo te veo en cuerpo carnal, en auténtica corporeidad purísima, con alma inmaculada de Madre de Dios; y aquí, en tu casa, cuna de mi España católica y mariana, te pido por ella, por su grandeza material y por su gloria y grandeza divinas!

De Covadonga vuelvo a Arriondas y, en este pueblo, tomo la carrertera de Infiesto. Aquí descanso en el hogar de la familia de Argüelles, ya mencionada en este libro y una de mis cordiales amistades de Ribadeo; y de Infiesto continúo a Oviedo donde hago noche.

Por la mañana recorro las posiciones guerre-

ras de los que, hasta ayer, fueron sectores de lucha en la Capital de Asturias; nuevamente visito los barrios destruidos; y, a mediodía, salgo para La Felguera y Sama poblaciones industriosas de la Cuenca Minera. En ambas se respira un ambiente fabril; huelen a carbón y sus múltiples y elevadas chimeneas lanzan al espacio penachos de humo negro que cargan la atmósfera como nubes preñadas de tormenta. En Sama visito a la familia de Nespral, amistad cultivada también en el tantas veces citado pueblo gallego y de Sama retorno a Oviedo para seguir a Trubia, núcleo de industrias de guerra que tanto nos fustigó durante mi estancia en Grado, y desde Trubia, pasando por el úlitmo pueblo nombrado, vuelvo al punto de partida de mi excursión, lugar por ahora de mi residencia, Pravia.

Este recorrido ha sido admirable; en él me he saturado de bellezas y de emociones y he confirmado, de modo inequívoco, el triunfo del espíritu sobre la materia. Cuando he visitado estos múltiples Santuarios del heroismo y del martirio, cuando he visto estas cumbres casi inaccesibles que, poseídas por los enemigos de España, fueron coronadas, ennoblecidas, santificadas y restituídas a la Patria por sus maravillosos soldados, no he podido menos que exclamar: ¡Aquí ha triunfado el espíritu!

A Canarias

El españolismo de mi tierra

Conocí en Grado a un hombre que ha quedado firme en mi recuerdo. Me refiero al Presbítero José Inclán, que prestaba los servicios de su ministerio en el "puesto de socorro" de aquel lugar avanzado del frente. Joven, simpático, culto, austero en su porte, comedido en la conversación, fervoroso sin excesos beatíficos, nos compenetramos por simpatía mútua y fuimos auténticos amigos.

Inclán me hablaba de su actuación en la campaña y de su vida anterior al Movimiento. Había estado pensionado en Roma y luego actuó como profesor en el Seminario de Oviedo; de éste último lugar salió voluntario para el frente.

Un día, al enterarse de que yo era canario, me dijo: "Conozco el españolismo de su tierra y por ello le he tenido siempre simpatía sin haberla visto. Cuando yo estaba en Roma habían allí alumnos de casi todos los Seminarios españoles; entre ellos recuerdo a dos canarios. Cuando se hablaba de la madre Patria, el catalán tiraba para su Cataluña; el vasco, para su Vasconia casi independiente; otros soslayaban la conversación o se inquietaban poco por los problemas generales de la Nación; pero los canarios, los más alejados del corazón peninsular, esos hablaban de España con una exaltación formidable, casi demencial".

Yo oí con temblor fervoroso aquellas palabras y miré en la cara del amigo asturiano el reflejo fiel de lo que me relataba; y, en un ímpetu incontenible de amor a mi tierra, le dije: Los aborígenes canarios pelearon intensamente por su independencia. Las montañas gigantescas de mis Islas saben de luchas tan gigantescas como ellas y de heroismos que las superan en grandeza. Los guerreros indígenas, los guanches hercúleos, opusieron sus cuerpos de bronce y sus rudimentarias armas al poderío de los conquistadores españoles; y cuando la suerte les fué adversa, prefirieron despeñarse desde las crestas dentadas de los montes a entregarse prisioneros a los invasores.

Más, así que los nobles indígenas, convencidos de la misión civilizadora de los "adelantados", pactaron con el Rey español, en el cuerpo atlético del guanche se metió intacto el corazón castellano y ya no hubo para el canario más Patria que la virtuosa y noble España.

Después, con patriótico españolismo, contribuyó Canarias al descubrimiento de América ayudando y acompañando al "loco visionario", cuyas naves fueron reparadas en nuestro Puerto, en el logro de aquella realidad incomprendida.

Con igual entereza y fervor español, formaron los canarios en las conquistas de otros territorios del nuevo hemisferio.

Ante esta exaltación española se quebró el brazo poderoso de Nelson arribado a Tenerife en son de conquista guerrera.

Mis paisanos contribuyeron a la sagrada independencia de la Patria formando en dos Batallones que, a sus expensas, surcaron el mar en aquella época de difícil comunicación y pelearon en el territorio peninsular hollado por el extranjero.

ungidos por el amor a España fueron a Cuba y Filipinas los hijos de mi tierra; y, más tarde, lucharon por el mismo santo cariño en los campos africanos.

Y ahora, por superior designio del Altísimo, en Canarias se forjó la segunda Reconquista española y de mis peñas salió el nuevo Don Pelayo, Generalísimo Franco, Capitán imponderable de nuestra nave, para dar a la Patria días de explendor y de gloria y hacerla peremnemente libre y dichosa .

Y, tras el Caudillo, han salido de mi tierra millares de hombres; vedlos por todas partes, en el Norte, en el Sur, en el Centro, fuertes, nobles, dispuestos, dando sus fuerzas, su sangre y sus vidas por la doble magnífica causa de la civilización universal y la grandeza de España...

Inclán y yo nos abrazamos; y en aquel abrazo, se fundieron dos almas; una, asturiana, levadura de la primera Reconquista; otra, canaria, amanecer de la última Santa Cruzada.

¡Tierra mía, pequeña, lejana y españolísima; lugar de mi existencia, cuna de mis hijos, tumba de mis mayores; al ofrecerte estas páginas que cerrarán mi libro, forjado en la guerra, quiero volverte a saludar, como lo hiciera un día desde el asturiano campo de batalla, con estas dos exclamaciones intensamente sentidas: ¡Viva España! ¡Vivan las Islas Canarias!

Pravia, diciembre de 1937.

INDICE

Principales erratas notadas

En la página 10, línea 2, dice materia por material .

En la página 12, línea 27, en algunos volúmenes, dice saldados por soldados.

En la página 14, líneas 22 y 23, dice éstasis y Gleresía por éxtasis y Clerecía.

En la página 17, línea 20 dice ¡Ola! por ¡Hola!

En la página 29, línea 13, dice umbra por umbral.

En la página 64, línea 26, dice álito por hálito.

En la página 76, línea 9, en algunos volúmenes, dice alago por halago.

En la página 123 (título) dice: No creo en la valentía de los "rojos" por no creo en la valentía de los mineros.

En la página 132, línea 1, dice punsión por punción.

En la página 139, línea 21 dice furon por fueron.

En la página 151 (acotación), dice gravado por grabado.

En la página 158, línea 14, dice arapientos por harapientos.

En la página 168, línea 30, dice encerrado por encerado.

En la página 174, línea 29, dice voluctuoso por voluptuoso.

Este libro ha sido impreso en los talleres de la
EDITORIAL CANARIA S. A.
Se terminó su impresión en el mes de Abril
del año 1938.

